

**BRU
GUE
RA**

• BOLSILIBROS



POLICIACO

LA MUERTE SE VISTE DE LUTO

Lou Carrigan



LA MUERTE SE VISTE DE LUTO

LOU
CARRIGAN

CAPÍTULO PRIMERO

«Eres tan hermosa, Pamela —se dijo a sí misma Pamela Morley mirándose al espejo del cuarto de baño—, que si yo no fuera tú estaría enamorada de mí. Quiero decir que si yo no fueras tú estaría enamorada de ti... Bueno, tú me entiendes, ¿verdad, cariño?»

Se guiñó un ojo a sí misma, soltó una encantadora carcajada, y se metió en la bañera, donde, por espacio de unos cuantos minutos, se dedicó a ducharse, enjabonando un par de veces su cuerpo, una pura locura. Alta, morena, ojos verdes, tez de bronce, vitalidad a tope. Veinticinco, años de mujer despampanante, de esas de anuncio carísimo, de portada de revista de chicas, de amante de jeque supermillonario. En fin, que Pamela Morley tenía más que justificado el hecho de estar enamoradísima de sí misma.

Era el kamasutra en verso, vamos.

Y así estaban las cosas, disfrutando Pamela Morley de su narcisismo, de la ducha, del gel perfumado, de su juventud y de la vida, esa cosa que sólo se tiene una vez, cuando sonó el timbre de la puerta del apartamento. Hecho este que provocó una

graciosísima reacción en Pamela: efectuó un simpatiquísimo corte de mangas, y dijo:

—Sí, sí: la ti voy a abrirte ahora, seas quien seas!

Y como si tal cosa continuó duchándose, perfumándose, y diciéndose que era un pecado ser tan hermosa mientras el mundo está lleno de petardos, tracas y similares, es decir, mujeres que nunca saldrán en portadas de revistas, ni en anuncios carísimos, ni serán amantes de ningún jeque; en suma, mujeres de las que nunca se comerán una rosca.

Pero bueno, allá cada cual. Y es que la Vida es una Gran Caprichosa, ¿sabe usted?, solía decir Pamela. A ver por qué a mí me parieron con estas líneas de alta costura y a otras las echaron al mundo desde lo alto de un rascacielos y así van por la vida ellas, las pobres, en plan de bollo aplastado, que es una pena, vamos. Y es que hay mujeres que ni siquiera son de las que podrían llamarse prêt-à-porter, o sea, hechas en serie aunque con buena intención.

O quizá no con buena intención, porque si hay algo que realmente no valga la pena en este mundo es una mujer de serie. Es más o menos como si a un niño le regalan un camión el día de Santa Klaus. Pues muy bien, bonito y entretenido, y nada, a jugar de transportista. Perfecto. Estupendo. Pero si al año siguiente Santa Klaus le regala al niño un camión igual que el anterior, y al siguiente año repite regalo, y al cuarto año Santa Klaus insiste en lo del camión, pues el bueno de Santa Klaus se la está jugando, aunque el niño sea de los bien educados y más bien inofensivo.

Y es que todo cansa, sobre todo las mujeres de serie, porque resulta que una vez trajinada una, las demás son como los camiones del niño que acabó rompiéndole la cara a Santa Klaus: que ya se las conoce demasiado, y eso aburre a lo grande no sólo porque ya se las conoce demasiado al ser todas iguales, sino por ser como son: asesinas por aburrimiento.

En cambio, Pamela Morley jamás mataría a nadie de aburrimiento. Jamás.

El timbre del apartamento seguía sonando, pero Pamela como si nada. La vida hay que saber tomársela. Y

si no, analicemos. ¿A quién le interesaba que Pamela abriese la puerta: a Pamela o a quien llamaba?

A quien llamaba, ¿verdad? Pues nada, que siguiera llamando, que Pamela abriría la puerta cuando le fuera bien a ella, no al visitante. Y si no le gustaba, que volviera otro día. O como si no quería volver nunca, que eso a Pamela le importaba lo mismo que un coco del trópico.

De modo que, tranquilita, terminó de ducharse, se admiró al espejo, se secó un poco, se puso una toalla como turbante, se echó encima un albornoz rojo sangre, y entonces sí; fue a abrir.

Ante ella, dos sujetos que le parecieron malencarados de verdad, la miraban con manifiesta irritación. Altos, fuertes, con gabán. Uno de ellos llevaba un portafolios. ¡Atiza, vendedores!, pensó Pamela.

—¿Sí? —inquirió, sonriente, lanzando hacia el pasillo una oleada de perfume capaz de matar de: gusto a una piedra.

—¿Señorita Morley? —gruñó uno de los sujetos—. ¿Pamela Morley?

—Sí, soy yo.

—Lo sabemos. En realidad lo que hemos preguntado es si podemos pasar.

—Para preguntar si se puede pasar hay que preguntar si se puede pasar. Al menos cuando se habla conmigo, que soy normalita, ¿saben?

—¿Podemos pasar? —masculló el otro.

—¿Vienen a vender algo?

—Más bien venimos a comprar.

—No estoy de servicio. Además, en mi casa no trabajo, nunca. Adiós, par de pelmas.

La puerta rebotó en el pie que uno de los visitantes introdujo entre ella y el marco cuando Pamela quiso

cerrar. Luego, el sujeto empujó, sin violencia, eso sí, pero con tal fuerza y firmeza que Pamela no tuvo más remedio que resignarse

a la realidad: ella era mil veces más hermosa que el sujeto, pero mucho menos fuerte.

—Pasen, por favor. Estaré encantada de recibirlos.

—Ya.

—Ya, ya.

Entraron los dos, Pamela cerró la puerta, y los contempló con una pizquita de preocupación. Si había algo que detestaba eran los escándalos. Ella podía hacer mil cosas en la vida menos organizar un escándalo.

—Muy bien: ¿qué es lo que quieren exactamente? Porque les insisto en que no trabajo en casa, y el gracioso que haya podido darles mi dirección... ¿No se trata de eso?

El que estaba moviendo negativamente la cabeza dijo, concluyente:

—No, no se trata de eso. Hace diez minutos que estamos llamando.

—Hombre —dijo el otro—, como estaba en el baño no podía oírnos, no seas pesado.

—Sí les oía —dijo Pamela—, pero no quise abrir. No tengo por qué perder las zapatillas corriendo cada vez que alguien llame a mi puerta, ¿saben? Si es algo interesante, quien sea que llame se espera. ¿Es algo interesante lo de ustedes?

—¿Le gustaría ganar cinco mil libras?

—¿En cuánto tiempo y haciendo qué?

—Tonta no es —dijo el otro.

—Tiene usted que hacer un recado sencillito y matar a un hombre —informó el primero.

Pamela se quedó mirándolo un instante, luego rió divertidísima, miró al otro sujeto, de nuevo al primero, dejó de reír, y se quedó mirando fijamente al que había hecho la proposición.

—Me parece que no es una broma —susurró.

—No, no es ninguna broma.

—Pues entonces usted está loco. No tengo la menor intención de matar a nadie, ni por cinco mil libras ni por cinco millones de libras. Ni por quinientos millones de libras. Ni por...

—¿Ni para hacerle un favor a la Humanidad?

—¿Qué?

—Oiga —propuso el que hablaba menos—: ¿por qué no nos invita a un trago, encanto?

—¿Quiénes son ustedes?

—Yo soy Yo —dijo el más hablador—, y él es Él.

—Oigan, si creen que pueden tomarme el pelo a mí...

El sujeto que decía llamarse Yo se encaminó hacia el interior del simpático y confortable apartamento que la bellísima Pamela tenía en una encantadora callecita de Chelsea, Londres. El que se llamaba Él lo siguió. Finalmente, no poco mosqueada, Pamela los siguió a los dos.

Los estuvo contemplando en silencio mientras Él servía un par de tragos que se proveyó del bar. Ya

bebiendo los dos, Yo miró afablemente a Pamela, y dijo:

—Usted es una puta.

Pamela apretó los labios. Él sonrió, movió la cabeza, y dijo:

—Y no sólo eso, sino que se ha buscado bastantes complicaciones en poco tiempo. ¿Cómo se lo diríamos...? Usted quiere volar demasiado alto, jovencita.

—Si —dijo Yo—. Demasiado alto. Porque usted no se conforma con ser una puta, sino que quiere ser una puta cara.

—Y para conseguir eso —dijo Él— no hay nada mejor que relacionarse con personajes importantes del mundo de las finanzas, la política y otras esferas de considerable interés.

—Puestas así las cosas —reflexionó Yo—, más que puta tal vez habría que llamarla prostituta fina, o de alto nivel. ¿Qué prefiere?

—¿Puedo decir lo que pienso sin que luego me tundan a palos? —se interesó Pamela.

—Palabra que no la vamos a maltratar físicamente.

—Bueno, pues entonces lo digo. Tal vez yo sea una prostituta, precisamente debido a que la gente con la

que me relaciono, todos ellos peces gordos, son unos sinvergüenzas que sólo piensan en llevarme a la cama. Puede que yo sea una prostituta, de acuerdo. Pero, en mi opinión, los tipos que tratan a las mujeres como ustedes me están tratando a mi son unos hijos de puta.

En el fondo, Pamela esperaba una reacción violenta por parte de Yo y Él, pero no se produjo. Los dos sujetos se miraron, sonrieron secamente, y Yo, que era el del portafolios, se sentó en un sillón.

—Señorita Morley —dijo suavemente—, usted, por muy alto que sea su nivel y sus relaciones, es una prostituta, para nosotros. Y es tan hermosa que nos consta que le está complicando la vida a varios personajes sobre los cuales no de seamos que se hagan comentarios... desagradables. Es por eso que, en bien de todos, hemos venido a rogarle que se marche de Londres, de Inglaterra, del Reino Unido. Esperamos que esto no la trastorne demasiado, habida cuenta de que los británicos somos tradicionalmente muy viajeros. ¿Me está entendiendo?

—Ustedes no tienen derecho a expulsarme del país porque tal lord o cual ministro sea un cerdito de cama. Yo no he hecho...

—Mire, nosotros podemos complicarle la vida a usted y todo lo que conseguiríamos sería fastidiarla. En lugar de eso vamos a hacer las cosas de modo que saldrá beneficiada en cinco mil libras y altamente satisfecha de su comportamiento social, y, sobre todo, se sentirá muy, muy orgullosa del alto servicio prestado a la Humanidad.

—¿Matando a un hombre?

—Sí. Un hombre que puede propiciar determinados acontecimientos de una gran envergadura y que dañarían a muchos millones de personas. Puede tener la certeza de que si ese hombre no fuese un criminal en potencia no estaríamos pidiéndole que

lo mate.

—¿Ha matado antes alguna vez? —preguntó Él.

—¡Claro que no!

—Es muy sencillo —dijo Yo, abriendo el portafolios—. Voy a hacerle una demostración práctica en unos cuantos segundos. Mire, esto es un taco de madera prensada especial para esta clase de pruebas. Y esto, ¿ve?, es una pistola. Ahora, observe.

E! taco en cuestión debía tener un grosor de seis o siete centímetros, quince por quince centímetros de lado, y, en su centro, ostentaba pintado, en rojo, un corazón. Yo disparó contra el corazón tras colocar la madera en un sillón frente al suyo. No se oyó prácticamente nada, apenas un chasquido, un ridículo

«plof». La madera pareció vibrar, y eso fue todo. Él se acercó, la recogió, y se la llevó a Pamela.

—Fíjese-dijo, señalando el diminuto orificio—, es de lo más fácil. Usted sólo tiene que pensar que le está disparando a una madera como ésta, a un corazón pintado, y ya está. Pero tiene que estar segura de que acierta el corazón, porque de otro modo el sujeto no moriría, con una de estas balitas. O bien métale la bala en la sien, o en la nuca. ¿Comprende? Puntos vitales.

—Ustedes se están burlando de mí.

—En absoluto.

—Si tan fácil es matar a un hombre... ¿por qué no lo matan ustedes?

—Ya nos gustaría, ya —dijo Yo, endureciendo las facciones—. Daríamos cualquier cosa por tener el gusto de matar nosotros a ese maldito traidor. Pero dadas las circunstancias tendrá que «hacerlo usted. Vamos, señorita Morley, no nos falle: nos la han recomendado muy calurosamente.

—¿Que me han...? ¿Para matar a un hombre?

—Por supuesto.

—¿Quién ha podido recomendarme para una cosa así?

—Precisamente uno de sus importantes amigos..., o mejor dicho, clientes. Usted, sin saberlo, ha estado vendiendo sus caricias a una persona del servicio secreto de Su Majestad, un personaje importante, y al llegar este momento de apuro ese caballero nos la ha recomendado. Mejor dicho: él la eligió. Fue necesario elaborar algunos planes, y finalmente se llegó a la conclusión de que el trabajo tenía que hacerlo una mujer. Una a una, las disponibles en el servicio fueron rechazadas, pues se consideró demasiado arriesgada su intervención al caer en la cuenta de que el traidor podía conocerla, y eso sería fatal para ella. Y de pronto, su cliente de usted exclamó: «¡Ya lo tengo, ella lo hará: Pamela!»

—No he dado a nadie motivos para que me considere una asesina, me parece a mi.

—Todo lo contrario —se sorprendió Yo—. Sabemos que es una encantadora prostituta de altísimo nivel, pero no una asesina, claro que no. En cambio, sí es una gran patriota y una persona dotada de una grandiosa humanidad y dulzura. Nuestro hombre aseguró que usted era tan... formidablemente honesta, pacífica y humana que no podría negarse a cargarse al traidor, aunque nunca antes hubiera matado ni a una mosca.

—Pero... ¿por qué tengo que matar a ese hombre? ¿Qué ha hecho? Yo movió negativamente la cabeza.

—No quiera saber más de lo necesario.

—¿Y qué es lo necesario? Porque el simple hecho de que ustedes vengan a contarme todo esto tan increíble no va a convencerme para que haga lo que me pidan. ¡Y menos matar a nadie!

—Le juramos a usted por nuestra madre, que dicho sea de paso no era puta, que ese sujeto merece

morir.

—¡No tengo por qué creerles! Además, todo esto es... es disparatado, es absurdo... ¡Es demencia!! ¡No lo haré! Y les advierto una cosa: si no salen inmediatamente de mi apartamento voy a llamar a la Policía.

Él se acercó al teléfono, descolgó el auricular, y marcó un número. Evidentemente, le contestaron en seguida, pues dijo:

—Lo siento, señor, pero ella se está negando. No quiere hacerlo. Sí, señor, le paso a la señorita Morley. Tendió el auricular a Pamela, que tras titubear lo tomó.

—¿Sí? —murmuró—. ¿Quién es?

Acto seguido lanzó una exclamación, y no poco aturrida estuvo escuchando durante casi un minuto! Al otro lado sonó el «clic» del auricular al ser colgado. Pamela colgó el suyo, y fue a sentarse en el sillón donde estaba el corazón con el balazo. Parecía alucinada.

Yo se acercó a ella, tras sacar unas fotografías del portafolios.

—Este es el hombre. Se llama Weldon Markshire, y esta misma noche va a tomar el Orient Express para terminar el viaje en Venecia mañana por la mañana. Ahora fíjese bien en lo que vamos a decirle, señorita Morley, o las cosas irían muy mal para todos. ¿Me escucha?

—Sí... Dios mío, era... Oh, sí, les escucho.

—Bien. Ese hombre, Weldon Markshire, ha conseguido una información secreta que va a sacar de Inglaterra microfilmada.

—¿Un microfilme? Pero... si saben eso... ¿por qué no le quitan el microfilme?

—Ya supongo que usted piensa que deberíamos detenerlo y arrebatarle el microfilme. O matarlo nosotros y recuperarlo de su cadáver. Pero el riesgo, en ambos casos, está precisamente en que no lleve el microfilme encima. Tenemos la certeza de que no es precisamente tonto, ¿comprende? De modo que sólo podríamos encontrarle el microfilme encima cuando ya esté en el tren, adonde lo habrá hecho llegar de un modo u otro.

—Pues deténganlo en el tren...

—No. En todo momento tenemos el temor de que él disponga de algún medio que nos privaría de recuperar el microfilme de su persona, o de su equipaje. Por ejemplo, sabemos que algunos hombres estarán cerca de él en todo momento, protegiéndolo. Si nosotros le detenemos en el tren puede organizarse un tiroteo terrible. Si lo matamos, también, en cuyo caso no dispondríamos de la seguridad de recuperar el microfilme, que podría, en cambio, ser recogido por alguno de sus guardaespaldas. En resumen, tenemos la seguridad de que no vamos a poder recuperar nunca ese microfilme.

—Pero entonces... ¿qué vamos a ganar matando a ese hombre?

—¿Usted sabe lo que es la intoxicación informativa?

—No:... Bueno, creo que no...

—Lo entenderá en seguida. Supongamos que los amigos de nuestro personaje traidor se encuentran con que a éste lo han matado. ¿Qué harían inmediatamente?

—Supongo... supongo que si saben que él lleva encima el microfilme se lo quitarían de... de donde lo lleve oculto y... escaparían con él.

—Tiene usted que entender que Markshire no llevará el microfilme en un escondrijo fácil de localizar, y eso significa dedicar un tiempo considerable a registrar su cadáver. En ese caso, lo que harían sus guardianes sería asegurarse de que nadie se acercaba a su cadáver, llevárselo, y, ya en lugar seguro, registrarlo concienzudamente desde las uñas de los pies a los cabellos. ¿Comprende?

—Sí. Claro, es lógico, sí...

—Es por eso que usted deberá matar a Weldon Markshire a última hora del viaje, cuando ya no tenga que cruzar fronteras, presentar documentos, ni realizar cualquier otro trámite. Digamos, cuando estén aproximándose a Venecia. Entonces, lo mata usted, y coloca, escondidos entre sus ropas o como mejor le parezca, incluyendo su equipaje, estos seis microfilmes.

Pamela Morley se quedó mirando atónita las seis diminutísimas cositas negras que le tendía Yo, mostrándolas en la palma de la mano.

—Me parece que no lo entiende—rió ÉL

—Dale tiempo, hombre —aconsejó Yo. Pamela parpadeó.

—O sea —dijo—, que cuando encuentren seis microfilmes no... no sabrán cuál es el verdadero... ¿Es eso?

—Exacto. Sólo que no encontrarán seis microfilmes, sino siete, ya que tenemos que contar el del propio Markshire, el auténtico. Así que cuando, después de sacar del tren cómo puedan a Markshire, lo registren, y encuentren siete microfilmes todo ellos diferentes en forma, técnica y contenido, será talmente como no tener ninguno, la información que les llevaba el traidor Markshire no podrá ser utilizada. Nadie se arriesgaría a utilizar una información de esas características sabiendo que tiene sólo una probabilidad

entre siete de estar utilizando la correcta.

—¡Esto... esto es maquiavélico! —exclamó Pamela.

—Se lo parece a usted, pero no es nada del otro mundo. Hijita, usted no tiene ni idea de lo que es verdadero maquiavelismo en espionaje. En realidad; este asunto, tal como ha sido montado, va a ser un agradable paseo para usted. Pero eso sí: asegúrese de que las cosas se van desarrollando de tal modo que poco antes de llegar a Venecia usted realice su labor: matar a Weldon Markshire y colocar estos microfilmes en su persona o su equipaje. ¿Tiene alguna duda?

—No... No. ¡Lo que tengo es mucho miedo! —Lo comprendemos.

—¿Y qué... qué pasará si los amigos de Markshire lo encuentran muerto antes de llegar a Venecia y... y se enteran de que he sido yo quien lo ha matado?

—Por supuesto, en cuanto empiecen a encontrar microfilmes comprenderán nuestra jugada, pero eso ya no tendrá importancia. Son cosas del juego: les entregamos al traidor y les jorobamos la operación. Si se enteran de esto cuando usted ya ha salido del tren, no hay problema. Si se enteran antes, es casi seguro que usted tendrá serios problemas. Pero no se preocupe, tenemos pensada su retirada de modo que no le ocurrirá nada..., esperamos.

—¡Esperamos! —respingó Pamela.

—No podemos garantizarle absolutamente que no la maten, señorita Morley —dijo Él.

—Oh, Dios mío —gimió Pamela—. ¡Tan tranquila y feliz que vivía yo! No debería aceptar... ¡Hace falta estar loca para meterse en un lío semejante!

CAPÍTULO II

Estación Victoria, cuatro y pico de la tarde.

La señorita Pamela Morley, alta, morena, ojos verdes, bella estatua hecha de bronce, llegó en taxi, del cual descargó su equipaje un empleado de la estación, presto a seguir a la viajera hasta el tren donde debería emprender viaje.

Y el tren resultó ser nada menos que el Orient Express, en el cual, entre otras muchas cosas célebres, habían transcurrido algunas de las aventuras de la famosa espía Mata Hari.

Allá estaba el Orient Express. Deliciosamente flamante, deliciosamente arcaico. En mil ochocientos ochenta y tres había sido inaugurado, y estuvo prestando servicios casi cien años, exactamente hasta mil novecientos setenta y seis, fecha en que fue retirado, tras haber cubierto innumerables veces el trayecto europeo por antonomasia: Londres-Istanbul. Casi sesenta horas de viaje sobre raíles conociendo calmosamente Europa. En cualquier caso, eran demasiadas horas, y, aunque a medida que se conseguían avances técnicos el tiempo del viaje se iba reduciendo, llegó el momento en que pasarse dos días en tren pudiendo recorrer el mismo trayecto en dos horas de avión dejó incluso de ser romántico. Así que, el Orient Express fue retirado.

Pero los caprichos también cuentan..., sobre todo cuando se tienen cientos de millones para respaldarlos, y, el veinticinco de mayo de mil novecientos ochenta y dos, cumpliéndose el capricho de un financiero supermillonario made in England, el Orient Express volvía a las vías, para solaz de quien estuviera dispuesto a pagar sus altas tarifas: cuatrocientas libras el viaje Londres-Venecia.

Sólo Venecia, de momento. Tal vez, con el tiempo, se decidiría alargar el tramo del Orient Express, su ruta, de nuevo hasta Istanbul, pero por el momento el recorrido terminaba en Venecia. Eso sí: sin prisas, que hay tiempo para todo en la vida. O debería haberlo.

Pregunta: ¿quién viajaba en el actual. Orient Express? ¿Qué clase de personas podían permitirse el lujo de invertir tanto tiempo en un viaje que podía solventarse en un par de horas?

Respuesta: gente simpática. Porque a poco que nos paremos a reflexionar nos daremos cuenta de que la gente actual más simpática es aquella que dispone de tiempo para todo, incluso para contar chistes, tomar el té viendo el paisaje, y hablar de finanzas en un salón rodante donde hay tulipas de color rosa.

Gente simpática, de veras. Por ejemplo, millonarios que se llevan a sus amiguitas a Venecia para que den grititos de alegría y de cachondísimo romanticismo, que hay de todo en la vida. Antes, en la belle époque, a estas chicas de compañía se las llamaba soubrettes. Ahora, se las llama azafatas de servicios, traductoras, o señoritas de compañía, que queda muy bien y no molesta a nadie.

Sí, gente simpática. Otros ejemplos: viudas aburridas. Y más ejemplos: amigos que quieren recordar viejos tiempos, matrimonios románticos, caballeros de las finanzas que quieren darse el gusto de remover unos cientos de millones sentados en el Orient Express, encantadoras jóvenes que a saber qué buscan en el tren, encantadores jóvenes que cualquiera sabe qué andan buscando..., y posiblemente algún que otro espía, tal vez algún gángster de altos vuelos, algún que otro canallita que ha amasado millones estafando hasta a las hormigas...

Gente simpática. Se podía saber quiénes iban a tomar el Orient Express porque eran los únicos viajeros que no parecían tener prisa en la Estación Victoria londinense. Lógico: si tuvieran prisa habrían tomado el avión.

Y esto era algo que podía dar que pensar a cualquiera. Porque, ciertamente, que un caballero londinense hiciera lentamente el viaje hasta Venecia para disponer de tiempo que dedicar a su joven

azafata de servicios tenía más lógica que abrir el paraguas cuando llueve. Pero... ¿por qué hacía lentamente el viaje un hombre como Weldon Markshire, que estaba escapando de Inglaterra tras cometer traición, y que posiblemente, casi seguro, supiera ya que su traición había sido descubierta? ¿No habría sido o al menos parecido más lógico y razonable que el señor Markshire hubiera salido disparado del Reino Unido, aunque hubiera sido a nado?

Debía tener sus buenos motivos para viajar en el Orient Express, claro. Tan buenos, por lo menos, como los de la señorita Morley, la cual había llegado junto al tren y había entregado su reserva de compartimiento al pulcrísimo empleado, al cual siguió el mozo de estación cargado con las cosas de la señorita Morley, la cual se quedó en tierra, curioseando a su alrededor.

Muy bien, la Estación Victoria. La famosísima Estación Victoria. ¿Y qué? Gente y trenes, vaya una cosa. Gente por todas partes, trenes por todas partes, un rumor continuo de humanidad, sonidos de trenes que van, de trenes que vienen...

—¡Cielos, qué sofoco! ¡Creía que iba a llegar tarde!

La señorita Morley miró a la persona que, junto a ella, haciendo lo posible por no resoplar, había lanzado las exclamaciones anteriores. Y la señorita Morley sonrió. Allá tenía una insólita persona apresurada que, además, tenía la patética expresión del luto. Y es que todavía hay gente que guarda luto, y lleva velo, y cosas así.

Por ejemplo, aquella mujer más bien gordita y de mediana edad: vestía de negro de pies a cabeza, llevaba sombrero con velo que ahora estaba parcialmente alzado, y, como única nota de color, sí así puede llamarse, una flor blanca prendida sobre el seno izquierdo. Patético en verdad.

—Todavía queda bastante para que salga el tren —dijo amablemente Pamela.

—Sí, sí, pero... ¡tengo siempre tanto miedo de perder el tren!

—Eso se soluciona saliendo siempre de casa con mucha anticipación.

—Ya sé, pero no sé qué me pasa que a última hora siempre me falta tiempo para todo..., ¿Usted también va a Venecia?

—Así es.

—¡Qué maravilla!

—¿A qué se refiere? ¿Al hecho de que yo vaya a Venecia?

—No, no —rió la enlutada dama—. ¡A Venecia! ¿Ha estado usted antes allí, señorita?

—Sí. Y no me parece ninguna maravilla. Es decir, sí, pero me lo parecería más si no estuviese tan sucia.

—¿Venecia está sucia? —abrió mucho los ojos la dama de luto.

—Bastante.

—Cielos... ¡Entonces me han engañado! ¡Yo voy a Venecia porque me han dicho que es una ciudad muy hermosa y romántica!

—Ah, eso también —sonrió Pamela, que empezaba a divertirse—. Una cosa no tiene nada que ver con la otra. Por ejemplo, un hombre puede tener los pies sucios pero ser guapísimo y encantador, ¿no le parece?

La dama de luto miraba a Pamela como fascinada. De pronto, se echó a reír, tapándose parcialmente la boca con una enojadisima mano. Esa clase de gesto de grandioso recato o de dentadura desportillada.

—¡Qué cosas se le ocurren! —exclamó.

—¿Acaso un hombre guapo no puede ser un cochino desaseado?

—Oh, si... Bueno, no sé... ¡Supongo que sí!

—Le aseguro que sí. Por ejemplo, ese caballero que se está acercando muy bien pudiera tener los pies

sucios. Y si me apura usted quizá hoy ni siquiera se haya cambiado la ropa interior.

La dama de luto volvió a reír, y miró disimuladamente hacia donde había mirado con brevedad indicadora Pamela Morley. La risa se le atragantó a la enlutada viajera, al ver al sujeto en cuestión: medía más de metro ochenta, era un atleta delgado y fibroso de hombros planos, secos, duros, anchos, y vestía deportivamente y como con desgana. Cabellos bronceados, ojos oscuros, grueso bigote petulante, mandíbula de luchador, rasgos viriles y atractivos... Y una mirada cálida y amable que dejó temblando las piernas de la dama de luto.

—Dios mío —susurró—. ¡Cielos!

. —¿Le ocurre a usted algo? —se interesó Pamela.

—Pu-pues... pues no, no... ¡Claro que un hombre así lleva limpia la ropa interior!

—Podríamos preguntárselo —casi rió Pamela.

El sujeto se había detenido a pocos pasos de ellas, y estaba encendiendo un cigarrillo. Un mozo llegó con su equipaje, apresuradamente, y le dio una serie de explicaciones que el viajero escuchó impávido. Por fin asintió, señaló el vagón (voiture lits de la Compagnie International des Vagons Lits), y el mozo se tranquilizó.

El empleado del tren descendió, y entregó a Pamela la llave de su compartimiento, atendiendo acto seguido a la dama de luto, que se despidió de Pamela y estuvo a punto de romperse una pierna al subir al

vagón, por pretender hacer esto y al mismo tiempo mirar al atractivo sujeto del presuntuoso bigotazo. Este, en aquel momento, miró a Pamela, la cual sonrió.

El sujeto pareció quedar perplejo, alzó las cejas, se lo pensó, y terminó por sonreír a su vez. Entonces sí, pareció de lo más simpático. No sólo sonrió, sino que terminó por guiñarle un ojo a Pamela, que amplió su sonrisa, pero desviando la mirada.

Entonces vio a Weldon Markshire.

Este llegaba acompañado de dos hombres altos y robustos y seguido de un mozo que portaba más bien escaso equipaje. Weldon Markshire era casi tan alto como sus acompañantes, pero más esbelto, infinitamente más elegante y atractivo, y, sólo había que verlo, favorecido con unos modales naturales que debían convertirlo en una persona sumamente agradable. Pasó muy cerca de Pamela Morley, a la que miró un instante.

Sólo un instante, de momento. Esa mirada casual que permanece sin expresión a menos que se divise algo que valga la pena. Y, al parecer, el señor Markshire vio algo que valía la pena, porque, rápidamente, la mirada, que se había desplazado hacia el frente, regresó a la señorita Morley, vivaz, fotográfica.

La señorita Morley sostuvo la mirada del señor Markshire un segundo apenas. Luego, con toda naturalidad, la desvió, sin dar mayor importancia al choque visual. En cuestión de un par de minutos había llegado bastante más gente al andén, y los acomodadores del tren estaban en plena actividad.

El sujeto guapo del bigote había subido al mismo vagón en el que viajaría la señorita Morley. Weldon Markshire todavía estaba caminando más hacia la cabeza del tren en busca de su coche-cama.

Pamela decidió abordar ya el tren. Segundos después, desde la ventanilla de su compartimiento,

cómodamente sentada, contemplaba el andén en plena agitación. Eran las cinco menos cuarto. A las cinco el Orient Express partiría hacia el continente.

¿Cuántos hombres acompañaban a Markshire? Desde luego no solamente dos, de eso ni hablar. Como mínimo, media docena; eso, naturalmente, en plan más o menos visible, a la descarada, que ocultos podía haber otros tantos.

«Ese hombre tiene que llevar encima el microfilme —pensó Pamela—. No en el equipaje, nada de eso, sino encima, en sus ropas o en su cuerpo...»

Tenia que ser así. Pero, ciertamente, encontrar un microfilme, una cosa tan diminuta, en cuestión de segundos, era imposible. ¡Qué fácil resultaría todo si ella pudiera adivinar dónde escondía Markshire el microfilme! Si llevase un ojo de cristal, pues dentro del ojo, que sería un buen escondite, pero Markshire no llevaba un ojo de cristal...

Pamela sonrió al pensar esto. Seguro que al señor Markshire no le haría gracia esto del ojo de cristal... Tal vez llevara alguna prótesis dental, por ejemplo. Una muela, y dentro de ésta, el microfilme. O metido en la montura hueca de unas gafas de sol o para lectura. O dentro de un botón. O en el tacón de un zapato. O en...

Imposible adivinarlo. Imposible.

A las cinco en punto, el Orient Express arrancó, y el salón fue abierto, para que los viajeros que lo desearan pudieran empezar el viaje degustando el tea. Pamela se contempló en el espejo del encantador servicio de su compartimiento, y salió al pasillo. Le habría gustado que su compartimiento tuviera cuarto de baño, pero no había podido ser. No es que no los hubiera en el Orient Express, sino que a ella no le habían podido conseguir uno. Hasta el Servicio Secreto, sea cual sea, tiene sus límites.

La primera persona que vio al entrar en el salón fue al mismísimo Weldon Markshire, cuya mirada notó.

Muy bien, que se fuese recreando con la vista, de momento. A lo mejor también los peces se relamen contemplando el gusanito ensartado en el anzuelo antes de morder éste.

Pamela vio perfectamente al muchacho que se le acercaba, pero no le dio mayor importancia. Estaba esperando al camarero para que la acomodase si era preceptivo hacerlo así. Pero fue el muchacho el que la abordó.

—Señorita...

—¿Sí? —le miró sorprendida Pamela.

—Permítame... Soy Sergio Delfiore, duque de Bondetti. Sería un honor y un placer para mí que me permitiera invitarla.

Pamela parpadeó..., lo que no impidió, ni mucho menos, que se fijara con suma atención en el joven. Debía tener unos veinte años, no más. Era delgado, tirando a rubio, de ojos claros, y lucía un bigotito de lo más gracioso (sobre todo si se le comparaba con el bigotazo del guapo sujeto del andén), pues era pura pelusilla. Parecía un niño vestido de hombre, tan delgado, insignificante y asustadizo que daban ganas de abrazarlo y protegerlo.

—Me parece que se equivoca usted —terminó por sonreír Pamela—. Debe haberme confundido con otra persona.

—Le aseguro que no —sonrió tímidamente el muchacho—: La vi en el andén cuando llegó, y pensé... Tuve ya entonces la idea de invitarla. No la confundo con otra persona, estoy seguro.

—Pero usted y yo no nos conocemos.

—Usted a mí, sí. Ya me he presentado.

—Ah..., Oh, sí... ¡Claro! —Pamela se echó a reír, y tendió la mano con un gesto impulsivo—. Soy Pamela

Morley. No soy duquesa, ni nada de eso, lo siento.

La sonrisa del joven duque se hizo más brillante, más intensa. Parecía absorber la risa de Pamela, mientras la devoraba a ella con los ojos.

—No es corriente que la gente pida disculpas por no ser noble, señorita Morley.

—Oh, yo sí soy noble, eso sí, se lo aseguro.

El duque de Bondetti se desconcertó visiblemente.

—¿Es usted noble? Pero acaba de decidme que no lo es.

—¿Yo? No señor. Yo le he dicho que no soy duquesa, pero noble ya lo creo que lo soy. Soy una persona noble, franca y honesta, vaya que sí.

—Ah, se refería usted a esa clase de nobleza...

—¿No le gusta esa clase de nobleza? —entornó los párpados Pamela—. ¿Le gustan los pillos, entonces?

—No —rió Sergio Delfiore—, le aseguro que no. Por favor, si me acompaña tendré el gusto de presentarle a mi madre.

—¿A su madre? —respingó Pamela—. Mire, amiguito, me parece que será mejor que no sigamos adelante: nunca me he entendido bien con las personas mayores. Son demasiado serias para mí.

—Mi madre no es exactamente una persona mayor —casi rió el duque del bigotillo—. Venga, se lo ruego.

Pamela Morley miró sin demasiado disimulo hacia el asiento que ocupaba Markshire, y sorprendió a éste mirándola fijamente y con cierta expresión de burla en sus ojos oscuros e inteligentes. Con un gesto altivo de lo más gracioso, Pamela se tomó del brazo de Sergio Delfiore, y fue con él hacia la mesita donde había una mujer de poco más de treinta años, de ojos y cabellos oscuros, muy bien vestida, joyas en cantidad superdiscreta, maquillaje igualmente discreto..., y cuya mirada altiva y escrutadora pareció querer perforar a Pamela.

—¿Esta es su madre? —exclamó Pamela.

—En efecto —rió Sergio—. Permítame presentarle a la duquesa de Bondetti, Mamá, ella es la señorita Pamela Morley. Ya te he dicho que iba a invitarla, y ha sido tan amable de aceptar.

—¿Cómo está, señorita Morley? —preguntó la mujer, fríamente, en un inglés tan perfecto como el del muchacho.

—Sorprendida —aseguró Pamela—. ¿De verdad es usted la madre del muchacho?

—No hay la menor posibilidad de error al respecto, se lo aseguro.

—¡Pides nadie lo diría! Cuando me ha hablado de su madre creí que encontraría una bruja vieja y sin dientes, y... ¡aquí está usted, que es casi tan joven corrió yo! ¿O es usted mucho más vieja de lo que parece? ¡Hoy en día la cirugía y los maquillajes hacen milagros!

La mujer estaba pálida de rabia, apretando los labios. El joven duque estaba pura y simplemente aterrado. Más allá, Markshire apretaba los labios para no reír. Había ahora en sus ojos una

expresión... satánicamente divertida. Y por supuesto no era el único que sentía regocijo en el salón rodante.

La señora duquesa miró a su atribulado vástago, y cambió con él una rapidísima opinión sobre la señorita Morley y su idea de invitarla a su mesa. El muchacho no sabía qué hacer, ni dónde poner las manos. Pamela resolvió la cuestión sentándose frente a la duquesa y diciendo, con fuerte suspiro:

—¡Qué suerte tienen los que les gusta el té!

—¿Por qué? —pudo preguntar Sergio Delfiore.

—Porque pueden pedir té. En cambio, yo, que prefiero el whisky, a ser posible escocés, no sé si puedo o debo pedirlo. ¿Qué me aconsejas que haga, duque...? ¿De qué has dicho que eres duque?

—De Bondetti —casi sollozó Sergio.

—¿Y eso qué es?

—Me parece, señorita Morley —intervino la duquesa con una frialdad tremenda—, que dado su carácter encontrará usted mayores alicientes en compañía de otras personas.

—¿Qué quiere decir? ¿Que es usted una persona aburrida? ¡No se preocupe, nadie es perfecto!

La duquesa de Bondetti se puso en pie, y se dirigió hacia la puerta del salón, mientras su hijo, demudado el rostro, tartamudeaba explicaciones en italiano, tan atropelladamente que quizá ni él mismo se entendía. Terminó por disculparse con Pamela y salir corriendo en pos de su joven mamá.

—Verdaderamente —oyó Pamela la bien timbrada y agradable voz, en un inglés absolutamente impecable— no se puede decir que acabe usted de ganarse la amistad de esa señora, señorita.

Pamela Morley ladeó la cabeza, miró al sonriente e irónico Weldon Markshire, y dijo, al parecer irritada:

CAPÍTULO III

Weldon Markshire alzó las cejas y parpadeó, como sorprendidísimo ante una de las grandes injusticias del mundo.

—Sólo trataba de ser amable y sociable —dijo, acercándose—. No me habría dirigido a usted de haber pensado que eso podía causarle enojo en algún sentido.

Pamela titubeó, y terminó por ofrecer una simpática sonrisa.

—Me parece que no se merece usted mi antipatía, señor...

—Markshire... Weldon Markshire. ¿Puedo sentarme con usted?

La mirada de Pamela fue un instante hacia los dos hombres que formaban la escolta visible de su interlocutor.

—Si no se han de molestar sus amigos, sí. Markshire se sentó, casi riendo.

—Mis amigos pueden comprender perfectamente que les abandone a cambio de una joven tan hermosa y encantadora como usted..., señorita Morley. ¿Entendí bien el nombre durante su conversación con la dama enfadada?

—Lo entendió perfectamente —se echó a reír Pamela—. ¡Qué cosa tan tonta acaba de suceder!, ¿no le parece?

—Bueno, depende —terminó por reír también Markshire—. La verdad es que si yo fuera la dama en cuestión también me habría enfadado. En pocos segundos la dejó usted fuera de combate. Y hay personas que no están acostumbradas a soportar eso.

—Deberían practicar el deporte, y así aprenderían a perder y a ganar. ¿Practica usted algún deporte, señor Markshire?

—Por supuesto. Soy un buen nadador, monto muy bien a caballo, creo que puedo conducir magníficamente un bólide de carreras, y juego maravillosamente al tenis.

—Zambomba —se pasmó Pamela—, ¡usted debe haberse concedido a sí mismo una medalla como premio por haber nacido, señor Markshire!

Este quedó atónito un instante, y acto seguido se echó a reír poco menos que estruendosamente. La señorita Morley iba sintiendo un interés más y más vivo a cada instante por aquel hombre. Y no era para menos: un hombre que por fuera tenía que saber que el servicio secreto británico le había condenado a muerte por traidor, que no podía ser tan torpe como para ignorar que en el tren debía haber una vigilancia sobre su persona, que por fuerza tenía que haber comprendido que sus compañeros británicos debían haber tomado sus medidas para que no saliera vivo de Venecia, y eso con mucha suerte y concediéndole prórroga de vida..., y parecía estar pasándolo estupendamente, como si no tuviera en la vida otro propósito que divertirse.

—¡No tanto! —pudo exclamar por fin Markshire, entre risas—. Pero tiene usted razón, señorita Morley: tal parece que me haya estado autoelogiando. Y le aseguro que no es así. Simplemente, la informaba a usted de mis habilidades como deportista.

—Ya. Bueno, cada cual tenemos nuestro modo de expresarnos.

—Exacto. ¿Y usted? ¿Practica algún deporte?

—Pues sí... Por necesidades de mi profesión he tenido que dedicar una atención especial al karate.

—¡Caramba, karate! —exclamó Markshire—. ¡Ese sí es un deporte de cuidado! ¿Y cuál es su profesión?

—Dama de compañía.

—Dama de compañía —repitió Markshire.

—Eso he dicho.

—Vaya... Dama de compañía. ¿Ya quién acompaña?

—A nadie. Estoy de vacaciones. He decidido tomarme unos días de descanso.

—Eso es muy saludable. Pero, habitualmente... ¿a qué clase de personas suele usted hacer compañía?

—Pues... ¿cómo se lo explicaría...? No tengo preferencias casi nunca, pero si puedo elegir siempre elijo a los caballeros amables y generosos. No sé si me entiende. Por ejemplo, si una abuelita quiere ir a pasar unos días a París, pues Pamela se va a París con ella, la cuida, le escribe las tarjetas postales, la lleva en taxi, la acompaña a museos y de compras...

—Eso debe ser aburridísimo.

—Por eso prefiero los caballeros amables.

—Y generosos.

—Bueno, señor Markshire —sonrió deliciosamente Pamela Morley—, vivo de mi trabajo. No tengo una renta, ¿sabe?

—Eso nos pasa a muchos. Bien, se me está ocurriendo una idea, pero como acaba de decirme

que está de vacaciones..:

—¡Oh, bueno, no haga mucho caso de eso! Por ejemplo, ¿ve usted la dama vestida de negro? Acaba de entrar.

Markshire movió sólo los ojos, localizó a la dama enluta da, y volvió a mirar a Pamela.

—Vista la dama de negro —murmuró.

—Parece una mujer fácil de tratar. Lo que quiero decir es que si ella me propusiera hacerle compañía durante su estancia en Venecia, o adonde quiera que en definitiva se dirija yo no tendría inconveniente.

—¿Y si se lo propusiera yo?

—Tampoco tendría inconveniente —sonrió Pamela—. Y todavía me parecería más encantador si en su compartimiento hubiera cuarto de baño. En el mío no hay, cuando lo pedí me dijeron que los compartimientos con baño ya estaban todos ocupados para este viaje. ¡Qué fastidio!

—No pasa nada porque uno no se bañe un día —rió Markshire.

—¡Pero si no es por bañarme! ¿Acaso cree que no soy limpia...? ¡Lo que me fastidia es que tenía un capricho enorme por bañarme en un tren en marcha! ¿No le parece de lo más inútil y sofisticado?

—¡Efectivamente! —volvió a reír Markshire—. ¡Es una sofisticación inútil! En cualquier caso, y como si hubiera recibido un soplo de inspiración, yo solicité y obtuve compartimiento con baño.

—¡Oh! ¡Oh, qué delicia! Bueno, lo que quiero decir...

—Me complacería muchísimo que utilizara usted ese baño, señorita Morley.

—¿De veras? ¿Realmente?

—Realmente. Como me complacería que aceptase mi invitación ahora. ¿Escocés, dijo usted?

—Oh, si.

Weldon Markshire encargó dos «escoceses» con hielo, y dirigió una indiferente mirada hacia la puerta, en la cual acababa de aparecer, con expresión turbada, el joven duque de Bondetti. Su turbación se convirtió en consternación al ver a Pamela acompañada, y se quedó en la puerta, sin saber qué decisión tomar.

De allí, de la puerta, lo apartó con cachazuda ironía el atlético sujeto del bigotazo, que entró, captó la situación de personas y cosas en el salón, y, sin vacilar, se fue directo hacia la mesa ocupada por la dama de luto.

—¿Me permite sentarme con usted, madame? —preguntó

—Sí..., naturalmente —se sofocó la dama—. Por su puesto.

—Muchas gracias. No suelo molestar a mis semejantes, pero creo que en situaciones como ésta las cosas deben aprovecharse al máximo, ¿no está de acuerdo?

—No entiendo... lo que quiere decir...

—Me parece que soy yo quien no se ha explicado bien. Lo que quería decir es que me parece menos desconsiderado por mi parte ocupar una mesa ocupada por una sola persona que una mesa ocupada por dos personas, que sin duda tienen cosas que contarse, con lo que mi presencia no sería precisa mente muy deseable.

—Ah, sí —la dama rió quedamente, y se sofocó de nuevo—. Pero puestos a ser discretos, tal vez el máximo en ese sentido sería ocupar una mesa en la que no hubiera nadie..

—Eso sería una desconsideración terrible —aseguró el bigotudo—. Fíjese: si yo ocupo una mesa y usted ocupa otra, resulta que dos personas ocupamos dos mesas, y, suponiendo que sean las últimas, si ahora entra una pareja al salón no tiene mesa. Por lo tanto, yo prefiero compartir mi mesa con otra persona tan solitaria cómo yo, y dejar la otra mesa libre. ¿Me comprende, madame?

—Sí, sí, claro... Realmente... es usted muy considerado.

—Y muy astuto, además.

—¿Astuto? ¿Por qué dice eso?

—Porque aprovechando todo eso de las mesas he encontrado un pretexto para sentarme con usted..., cosa que estaba deseando desde que la vi en el andén.

—¿Qué... qué dice...?

—No es nada difícil de entender, madame.

—No, claro... Bueno, no sé... ¿Quiere decir que en definitiva lo que usted desea es estar conmigo?

—Efectivamente —sonrió el bigotudo.

—Pero... ¿Por qué?

—Bueno, madame, cualquier hombre lo desearía, creo yo.

—No sé —movió la cabeza la dama—. Me parece que hay muchos caballeros que no lo desearían. Digamos que tienen... mejores gustos que usted, señor... Oh, perdone...

—Lazlo Griebb —se presentó el bigotudo—. ¿Mejores gustos que yo? ¿A qué se refiere?

—Si vuelve usted ligeramente la cabeza verá a una joven morena, de ojos verdes, que va a tener un tremendo éxito en este viaje. Y yo diría que con justicia.

Lazlo Griebb volvió la cabeza, miró con expresión impenetrable a Pamela Morley, y volvió a mirar a la dama de luto.

—¿Es amiga suya? —preguntó—. Lo digo porque las vi conversando en el andén.

—Ah... No, no. Fue una conversación casual. Es muy simpática.

—En su oficio hay que serlo.

—¿En su oficio? ¿Qué oficio?

Lazlo Griebb sonrió, encogió los hombros, y llamó con un gesto al camarero.

—¿Me permite invitarla, madame? —rogó—. El té me parecerá doblemente agradable en su compañía.

—Es usted muy amable, señor Griebb. Acepto su invitación. Pero si usted desea tomar algo más fuerte que el té por mí no se prive.

—Mire usted, madame, yo soy húngaro de nacimiento, y no diré que haya olvidado mis

costumbres de la infancia, mis vivencias en Hungría. Muchas de ellas me parecen mejores que las británicas, si he de serle sincero. Sin embargo, hay algo en lo que estoy de acuerdo totalmente con ustedes: el té a las cinco y no empezar a beber alcohol hasta las seis de la tarde. De modo que pediré té para dos. ¿Le parece bien?

—Desde luego —sonrió cada vez más interesada y turbada la dama de luto—. Había usted el inglés muy bien, señor Griebb. Bueno, lo habla tan bien que en realidad parece usted inglés.

—Pues ya ve, soy húngaro..., pero no gitano, ni sé tocar el violín. —La dama rió, y Lazlo aprovechó para darle indicaciones al camarero, que se retiró sonriendo irónicamente por lo bajo—. Usted sí es británica, naturalmente.

—Sí, sí.

—Perdone, pero no recuerdo el nombre que me ha dicho...

—¡Oh! —se sofocó una vez más la enlutada dama—. Me llamo Thelma... Thelma Ryder. Bu-bueno, éste es mi nombre de... de soltera. Acabo de... de enviudar, y...

—No quisiera despertar en usted los recuerdos dolorosos, de ninguna manera... ¿Qué le parece si hablamos...? Pues no sé. ¿De qué le gustaría hablar?

—¿Conoce usted Venecia? —preguntó Thelma, muy abiertos los ojos.

—¡Naturalmente! Cielos, ¿quién no conoce Venecia?

—Pu-pues yo misma... ¡Usted también dice «cielos», como yo!

—¿Coincidimos en eso? —Lazlo Griebb sonrió encantadoramente, con una fascinación de bellísimo tigre—. Bueno, madame, espero que no sea en una cosa tan sencilla solamente en lo que coincidamos. En cuanto a Venecia, le diré que no encontrará usted muchas personas que la conozcan como yo... ¡Excepto los gondoleros venecianos, naturalmente!

Thelma Ryder se echó a reír, sofocadísima de placer.

En la mesa de Markshire y Pamela, ésta comentó, interrumpiendo la conversación circunstancial entre ambos:

—Se diría que todavía hay gente feliz en el mundo.

—Sí, aunque sea por poco tiempo.

—¿Qué quiere decir?

—Una semana, un mes, no más. Luego, él se buscará otra dama rica. Esa clase de tipos casi siempre aciertan.

Pamela parpadeó confusa un par de segundos, y en seguida preguntó:

—¿Quiere decir que ese hombre es un gigoló?

—Naturalmente. No me sorprendería nada que fuese un habitual del Orient Express: siempre hay damas como ésa que van a Venecia. Semiviejas frustradas que están dispuestas a todo, incluso a creerse que han conquistado a un hombre tan hermoso como ése, con tal de recuperar un poco la alegría o al menos el placer de vivir.

—Es usted implacable, señor Markshire. Por otra parte, quizá se esté equivocando con ese hombre.

—Ni en lo más mínimo. Es un gigoló, y punto. Al

respecto, estoy dispuesto a apostar con usted lo que sea, señorita Morley.

—Francamente, no tengo mucho dinero para perder —rió ella.

—Podríamos establecer otra clase de apuesta. Por ejemplo, si yo me equivoco pierdo cien libras; si estoy en lo cierto, deberá usted concederme la satisfacción de utilizar mi cuarto de baño.

—Pero así yo siempre gano —volvió a reír Pamela.

—Ese es mi estilo —sonrió Markshire.

—Pues me gusta su estilo. De todos modos, tenemos un inconveniente: ¿cómo vamos a saber la verdad respecto a ese hombre?

—Preguntándole. Estoy seguro de que no se molestaría demasiado con usted por una simple pregunta.

—¡Pero vaya pregunta...! ¿Cómo voy a preguntarle yo a un hombre si se dedica a complacer damas maduras?

—A él no puede molestarle. Simplemente, pensará que usted tal vez pretende competir con la semivieja de luto, y cabe pensar que le dirá cuál es su tarifa mínima.

—Eso sí que sería divertido —volvió a reír Pamela.

Al mismo tiempo, veía entrar a otros dos personajes más o menos dignos de atención en el salón. Dos

sujetos altos, uno de ellos rubiales, el otro pelirrojo, vestidos de tal modo que parecían recién salidos de la misma sastrería barata hacía unos minutos. Pamela los miró sin pestañear, y regresó su mirada al whisky con agua.

—Apostaría cualquier cosa a que son rusos —dijo Markshire.

—¿Quiénes? —lo miró ella vivamente.

—Los dos hombres que acaban de entrar. ¡En fin, hoy en día admiten a cualquiera en el Orient Express!

¡Qué diferencia de los buenos tiempos!

—¿A qué tiempos se refiere?

—Oh, pues a los viejos tiempos: hace cincuenta, sesenta, ochenta años...

—¡Usted ni siquiera había nacido entonces, señor Markshire!

—Pero tengo muy buenas referencias —rieron los dos—. Hace todos esos años que he mencionado el Orient Express era algo así como una prolongación de los salones elegantes e importantes de Europa. Aquí surgían amores, intrigas, alianzas..., y se perdían fortunas. Más de un noble se suicidó en el viejo Orient Express. ¿Usted ve ahora aquí a alguien capaz de suicidarse?

—¡Eso nunca se sabe!

—Claro que se sabe. La gente es hoy día tan torpe que ni siquiera se da cuenta cuándo está de más. En fin, no vamos a llorar por los viejos tiempos que no volverán ¿verdad? En cualquier caso, son rusos, desde luego.

—¿Y qué? ¿Importa algo eso?

—A mí no, en absoluto. Simplemente, me ha llamado la atención.

—Pero:, ¿cómo sabe usted que son rusos?

—Porque los huelo.

—¿Huelen de modo especial?

—Esa clase de rusos, sí. Pero usted no me entendería, son cosas... profesionales.

—¿De qué profesión? ¿A qué se dedica usted, señor Markshire?

—Llámeme Weldon, si no le importa. Soy espía.

—Encant... ¿Qué?

—Espía —le sonrió como un lobo divertido Markshire—. Ya sabe, un agente secreto. ¿Puedo llamarla Pamela?

—Sí, sí, pero... ¿se está burlando de mí, Weldon?

—Claro que no. Y le diré más: no soy el único espía que viaja en este tren..., incluso, en estos momentos, en este salón. ¿No es gracioso?

—¿Por qué le parece gracioso? —susurró Pamela.

—Pues no sé..., pero a fin de cuentas no abundan tanto los espías como para que en este simple vagón de tren coincidan más o menos media docena.

—¿Tantos?

—O más. Me pregunto por qué será.

—Espero que no aguarde de mí la respuesta — exclamó Pamela.

—Por supuesto —Markshire palmeó simpáticamente una mano de Pamela Morley.

—En todo caso, quizá podría darla usted, que es espía.

—Una cosa que nunca hacemos los espías es conjeturas, hipótesis, teorías y cosas parecidas. Somos demasiado realistas. Al menos, los buenos espías, se entiende.

—¡Oh, vamos! ¡Usted me está gastando una broma, Weldon!

—Claro que sí —se echó a reír Markshire—. Es una broma que suelo utilizar con frecuencia, porque me resulta divertida. Aunque una vez estuvo a punto de costarme un disgusto.

—¿Sí? ¿Qué ocurrió?

—Fue en Moscú. íbamos con unos amigos, no sabíamos qué hacer, y se me ocurrió preguntarle a un guardia si podía indicarnos algún lugar donde unos honorables espías británicos pudieran tomar unos tragos de buen vodka... ¡No se ría, que es cierto, me ocurrió!

—¡Casi me inclino a creerle! —Pamela abrió su bolsito, revolió en él, y ofreció un gesto de disgusto a su interlocutor—. Vaya, me he dejado los cigarrillos en mi compartimiento...

—Eso no es problema. Los míos...

—Es que sólo fumo Benson Special —rechazó ella amablemente—. Si no le importa aguardar un par de minutos, Weldon...

—Claro que no —se puso en pie el espía británico.

Segundos más tarde, la señorita Morley había abandonado el salón, y caminaba por los pasillos de los confortables vagones con piso enmoquetado hacia el vagón en el que tenía su compartimiento. Llegó a éste, se encerró en él, y lo primero que hizo fue sacar de su maletín de viaje un paquete de Benson Special, que pasó a su bolso. Luego, sacó una moneda, que apretó sosteniéndola por los bordes, y acto seguido la acercó a su rostro.

—Hola —susurró—. ¡Hola!

—Hola —se oyó otra voz susurrante—. ¿Tiene problemas?

—De momento, no, pero algo extraño sucede: el tren está lleno de agentes secretos. Hay incluso rusos. ¿Qué es lo que pasa?

—¿Lleno? ¿Qué quiere decir?

—¿Usted no sabe lo que quiere decir lleno?

Hubo una pausa un poco prolongada. Luego, otra vez se oyó la voz susurrante:

—Investigaremos eso.

—Pues de paso investigue también por qué Markshire da la impresión de dirigirse a una fiesta en lugar de a su muerte.

—Tranquilícese; No haga nada decisivo, por ahora. La llamaré cuando sepa algo, o le haré saber que preciso contacto. ¿Algo más?

—No —Pamela apretó de nuevo la moneda, la guardó, recogió el bolsito, y se dirigió hacia la puerta, que abrió.

Ni siquiera pudo dar un paso fuera del compartimiento, porque un brazo se introdujo en éste, y la pistola que sostenía la mano empujó a Pamela apoyándose en su pecho.

—No diga nada —ordenó secamente el propietario de la pistola—. Simplemente, entre.

CAPÍTULO IV

Pamela retrocedió, el hombre entró, cerró, y lo primero que hizo fue arrebatarle el bolso a la bronceína morena.

—Siéntese ahí y no se mueva —dijo, señalando el largo asiento que más tarde sería lecho—. Y deje las manos sobre el regazo. ¿Entiende?

—Sí... Sí señor, sí —tartamudeó Pamela, obedeciendo.

El hombre la miró con desconfianza, pareció valorarla en medidas de peligrosidad, y por último, soltando un gruñido, abrió el bolso de Pamela, lo colocó boca abajo sobre el asiento, y todo el contenido cayó en éste. Se aseguró bien de que el bolso estaba vacío, y se dedicó a examinar el contenido, al parecer no muy satisfecho. No parecía gustarle nada de lo que había allí dentro.

Por fin, dirigió una torva mirada a Pamela, y preguntó:

—¿Dónde está?

—¿El qué?

—El microfilme. Está claro que ha preferido no llevarlo encima, se comprende al ver todo esto. Muy bien, es cosa suya. ¿Dónde lo ha puesto?

—¿El microfilme? —preguntó Pamela.

—Sí.

—¿Qué microfilme?

—¿Usted es rusa?

—No. Soy británica.

—Exacto. Y es amiga de Markshire, ¿no?

—Bueno, acabo de conocerlo en este viaje, así que...

—Se está complicando la vida, preciosa. Está bien claro que usted y Markshire han montado la comedia para que pueda ayudarle. Yo diría que es evidente que él le ha entregado el microfilme para que lo esconda, y se lo entregue al llegar a Venecia. ¿Correcto?

—No sé de qué me está hablando.

—¿No? ¡Pues te voy a... !

Lo que el sujeto quiso hacer, eso estuvo clarísimo para Pamela, fue golpearle con la pistola en la cabeza. No demasiado fuerte, pero por cierto que no habría resultado nada agradable. Así que Pamela Morley movió el brazo izquierdo con energía, como quien agarra una cortina y la descorre; el resultado de esto fue que el brazo derecho del malgeniado desconocido resbaló por el borde externo del izquierdo de Pamela, la cual, al mismo tiempo, y con una decisión y precisión inobjetable, descargó un tremendo tsuki de karate en los genitales del sujeto, en corto y en seco.

El hombre emitió un sonido que pareció el maullido de un gato, retrocedió un paso dejando caer la pistola, y se llevó ambas manos al lugar golpeado, mientras su desorbitada mirada se posaba en los verdes ojos de Pamela Morley, que hizo un gesto cómo diciendo «¿ves lo que te pasa por malo?». Los ojos del hombre giraron, y acto seguido se derrumbó delante como un saco, quedando retorcido a los pies de Pamela.

—Pues sí señor —dijo ésta—: el karate es una buena cosa para una pobre putita como yo, sola en la vida, y sin ningún hombre que me defienda...

Registró al sujeto rápidamente, encontrando por todo material interesante la billetera. Dentro de ésta, además de dinero, había una documentación a nombre de Helmut Zammit, alemán.

La señorita Morley volvió a recurrir a la sorprendente moneda.

—Hola, hola —dijo.

—Hola.

—Creo que le he roto los testículos a un sujeto llamado Helmut Zammit, un alemán de...

—¿Zammit? ¿Zammit está con usted?

—En mi compartimiento, sin sentido. ¿Lo conoce?

—¡Naturalmente! Es uno de los mejores hombres de los servicios secretos de Alemania Federal.

—Pues cómo serán los peores —sonrió Pamela.

—¿Qué ha pasado?

Pamela lo explicó breve y rápidamente, y terminó preguntando qué se podía hacer con el alemán desvanecido.

—No haga nada. Usted no haga nada, déjelo de mi cuenta. Salga de su compartimiento y siga con lo suyo con toda naturalidad.

—De acuerdo.

Un par de minutos más tarde Pamela entraba de nuevo al salón. Los dos rusos ocupaban una mesa, y parecían ajenos al mundo que los rodeaba. La dama de luto charlaba animadamente con el guapo del bigote. Cada vez con más entusiasmo. Pamela alzó las cejas con gesto de sorpresa cuando el bigotudo le dirigió una mirada hostil, pero prescindió de esto y se encaminó hacia la mesa sentado a la cual la estaba esperando Markshire.

—Aquí estoy de nuevo —dijo alegremente la muchacha.

—Afortunadamente. La he echado mucho de menos.

Pamela rió. Sacó el paquete de cigarrillos del bolso y encendió uno con la llamita que le ofreció rápidamente Weldon Markshire. Los dos guardaespaldas de éste habían desaparecido.

—¿Y sus amigos? —preguntó Pamela.

—Están dando un paseo, estirando las piernas.

—No los he visto al venir hacia aquí.

—Deben haber ido hacia el otro extremo del tren. Ah, no, porque estos servicios van en la cabeza... Entonces no lo entiendo.

—A lo mejor ellos ya habían pasado por delante de mi compartimiento cuando yo he salido —sugirió Pamela.

—¡Eso ha debido ser! ¿Cuál es su apartamento?

—El 22, en el vagón B. ¿Y el suyo?

—El 9, en el vagón H. ¿Otro whisky?

—Mejor que no. ¿Cómo van las cosas entre el gigoló y la... viajera solitaria?

—Ah, muy bien, muy bien. Normal en estos casos. Para mí que él es todo un veterano en estas cosas, sabe cómo tratar a las mujeres. Cuando ella vaya a darse cuenta ya lo tendrá en la cama, y cuando se despidan dentro de unos días o semanas ella tendrá unos cientos o miles de libras menos. Son cosas que pasan.

—¿Le parecen mal?

—No, si los servicios recibidos son buenos —sonrió Markshire—. No soy de los que se las dan de mártires, francamente. Lo bueno es bueno, y por tanto vale lo que se pague. No sé si me explico.

—Desde luego que sí —le sonrió Pamela, acariciándole una mano.

—Seguramente cenaremos después de las maniobras con el ferry para cruzar el Canal —dijo Markshire—. Naturalmente, cenarás conmigo.

—Claro.

—Bien. ¿Me disculpas tú a mí ahora? Tengo unas cosas que resolver en mi compartimiento antes de llegar a París.

—Como quieras —murmuró ella—. ¿Recuerdas lo de la bañera?

—No se me podría olvidar. Hasta luego.

Pamela asintió, y estuvo mirando a Markshire hasta que éste hubo salido del salón, donde las conversaciones eran muy animadas. Había muchos pasajeros reunidos allí, además de los rusos y el gigoló..., si es que lo era. En una mesa, otros dos hombres, morenos y de mediana estatura, parecían absortos en comentarios sobre unos documentos extendidos sobre la mesa, pero Pamela ya había captado las miradas que les habían estado dirigiendo a ella y a Weldon Markshire.

En otra mesa, un solo hombre, de gran cabeza melenuda, gran nariz, cejas espesas y pequeños ojos claros, miraba fijamente a Pamela, pero se apresuró a desviar la mirada cuando ésta le miró a él.

«Parece belga —pensó Pamela—. Y los otros dos son italianos, seguro. O sea: dos rusos, un belga, dos italianos, un alemán... Y está el gigoló... ¿Y la dama de luto?»

Ciertamente, lo que tenía que hacer la señorita Morley en aquel viaje podía considerarse bajo dos puntos de vista, al menos. Uno: si quien lo tenía que hacer era una espía experimentada la cosa no presentaba

mayores dificultades. Dos: si quien tenía que hacerlo era una novata o una profana, las cosas podían complicarse: Todo esto, sin contar más que con Markshire y sus acompañantes visibles y los ocultos. Pero ahora las cosas se habían complicado tanto que la señorita Morley se dijo que, más que nunca, tendría que andar con pies de plomo...

—Querida, ¿cómo le va?

Pamela parpadeó; y se quedó mirando a la dama de luto, de pie junto a su mesa, mirándola sonriente. El gigoló había desaparecido.

—Hola —sonrió Pamela—. Me va muy bien. Y se diría que a usted también.

—¿Puedo sentarme? —rió la dama de luto.

—Naturalmente.

—Soy Thelma Ryder. Es mi nombre de soltera, que vuelvo a utilizar ahora que he quedado viuda.

—Lo siento. Yo soy Pamela Morley.

—Encantada —una chispa de malicia apareció en los ojos de la viuda—. Bueno, no lo sienta demasiado,

¿sabe? Mi marido no era precisamente una persona encantadora. Lo único bueno que puedo decir de él es que tenía mucho dinero.

—Todos tenemos algo bueno —sonrió Pamela.

—¡Es cierto! —se echó a reír Thelma—. En cualquier caso he decidido desquitarme de ciertas... insatisfacciones que he padecido durante los últimos años. Quiero decir que me apetece un largo viaje por Europa, partiendo de Venecia. La Europa meridional, ¿comprende?: Italia, Grecia, la Costa Azul, España...

—Zambomba —movió la cabeza Pamela—, ¿daría cualquier cosa por poder hacer un viaje parecido!

—Siempre se puede encontrar una oportunidad en ese sentido.

—Supongo que ya tiene usted compañía.

—Por el momento, la tengo para Italia. Es muy amable el joven del bigote. Es húngaro. Se llama Lazlo

Griebb. Es muy amable y muy correcto. Y muy considerado.

—No quisiera darle un disgusto o causarle una decepción —deslizó suavemente Pamela—, pero a mi me parece que podría ser un gigoló.

—Oh, sí, lo es, sin duda ninguna —asintió Thelma.

—¡Ah! ¿Se lo ha dicho él?

—¡Mujer, claro que no! —se echó a reír la viuda—. Mire, yo no soy muy lista, pero vamos, tampoco soy una tonta de capirote. Tengo cincuenta años, y cada día me contemplo varias veces en el espejo. No soy un monstruo, ni mucho menos..., incluso quizá, para algunos y bajo ciertos puntos de vista, todavía resulte... apetecible. Una sabrosa jamona, ¿comprende? Pero de eso a enamorar a un hombre como Lazlo.

—Entiendo —rió ahora Pamela—. Bueno, si cada cual obtiene lo que quiere sin perjudicar a nadie e! juego es lícito, ¿verdad?

—Eso he pensado., Ya nos veremos a la hora de la cena... Hasta luego, querida.

—Que se divierta.

Thelma sonrió, y abandonó el salón.

Ni siquiera hacía cinco segundos de esto cuando entró el joven duque de Bondetti, que casi corrió hacia la mesa ocupada por Pamela, la cual estaba de nuevo mirando al sujeto de los diminutos ojos, sin duda belga, que había hecho un gesto para ponerse en pie, y que ahora se sentó de nuevo.

—Señorita Morley —sonó envarada la voz del joven —, quisiera hablar unos minutos con usted.

—Muy bien, siéntese. O mejor dicho, siéntate. ¿Te importa que nos tuteemos? Es que a mí llamar de usted a la gente joven me da risa. Y espero no parecerte demasiado vieja a ti.

—No... Claro que no —Sergio Delfiore se sentó, tragó saliva, y dijo—: me gustaría casarme con usted. Pamela se quedó mirándolo atónita. En seguida, sonrió.

—Eres muy amable al decir eso, Sergio, pero no hay que exagerar. Con decir que me encuentras bonita es suficiente.

—La amo, señorita Morley.

—Oh, vamos...

—¡Le digo que la amo!

—Está bien, está bien, me amas. Pero tranquilízate, ¿de acuerdo?

—Sí. Siento... siento haber alzado la voz. Mi madre ha decidido que ella y yo cenemos en nuestro compartimiento, y he pensado invitarla a usted..., invitarte a ti, quiero decir.

—Ya he aceptado una invitación anterior. Lo siento, Sergio.

—Me lo temía —bajó la cabeza el muchacho—. Bueno, quizá... podamos charlar después de cenar.

Me gustaría que viniera a visitarnos a mamá y a mí al compartimiento. Puedo asegurarle que mamá está dispuesta a reconsiderar la situación.

—¿Qué situación? —alzó las cejas Pamela.

—La nuestra. Tuya y mía. Dice que estoy loco por haber siquiera pensado en casarme contigo, pero yo estoy seguro de que cuando te conozca mejor me comprenderá.

—Seguro. Y hasta tú deberías conocerme mejor, ¿no te parece?

—Yo te conozco ya como nunca he conocido a nadie... Es... como si te hubiera conocido toda la vida. Por favor, Pamela, ¿vendrás?

La bronceada belleza de verdes ojos se quedó mirando inexpresivamente el duque italiano, para el cual fue absoluta mente imposible tan siquiera intentar adivinar los pensamientos o emociones de la espléndida muchacha británica.

La cual, de pronto, sonrió deliciosamente.

—De acuerdo, Sergio: iré a visitarlos después de cenar.

—Gracias —tremoló la voz del muchacho; le tomó a Pamela una mano y se la apretó emocionado—. ¡Gracias, amor mío, gracias!

La soltó, se puso en pie, y salió disparado del salón, dejando no poco estupefacta a Pamela. Un poco más allá, el supuesto belga la contemplaba con una pizca de ironía en sus pequeños ojos que parecían... Sí, parecían de cerdito astuto. El hombre se puso en pie, se acercó a la mesa de Pamela, y se sentó cachazudamente ante ella.

—Soy Lucien Betrier, del espionaje belga —se presentó tranquilamente—, y supongo que usted es del servicio secreto británico.

—¡Desde luego que no!

—Ah. ¿De la CÍA, entonces?

—Pero... ¿está usted loco? ¿De qué está hablando?

—Escuche, jovencita cuando usted todavía mamaba yo ya utilizaba las mujeres para otra cosa, ¿me entiende?

—Me parece que no.

—Pues se lo diré claramente: cuando usted nació yo estaba harto de hacer el amor. Quiero decir que le llevo muchos años y mucha experiencia. Basado en esa experiencia, voy a permitirme darle un consejo: no pierda el tiempo en tonterías y concéntrese en el trabajo, ¿estamos? Se las ha arreglado muy bien para hacer contacto con Markshire, pero eso no significa que lo tenga todo solucionado. En cualquier momento pueden meterle un cuchillo entre las costillas o en la garganta. ¿Me entiende?

—No —susurró Pamela.

—Bueno, como quiera. Mire, las cosas han ido tan precipitadamente que he tenido que tomar yo solo este maldito trasto vetusto. ¡Y todavía tengo que dar gracias al cielo por haber encontrado billete! El caso es que viajo solo, y esto no me gusta. ¿Hacemos un trato?

—¿Qué trato?

—Unámonos. Yo la protejo a usted y usted me protege a mí. Ya sabe lo que quiero decir: uno no tiene ojos en la espalda.

—Señor Betrier..., ¿qué desea de mí, qué espera conseguir?

—De usted nada —se sorprendió el belga— Pero los dos queremos lo que lleva Markshire, ¿no?

—¿Qué es lo que lleva Markshire?

—El maldito microfilme — gruñó Lucien Betrier—. Unamos nuestras fuerzas para protegernos y conseguir el microfilme, y luego nos quedamos una copia cada uno. Vale más eso que llegar muertos a Venecia. O no llegar. Y no me contestes ahora cualquier pamplina, por favor.

—¿Conoce usted el contenido del microfilme?

—Claro que no.

—Entonces, ¿cómo sabe que vale la pena jugarse la vida por él?

—Amiguita, tengo un par de contactos en Londres, y cuando esos contactos me dicen que una cosa vale la pena es porque vale la pena. Me dijeron que Markshire escapaba de Inglaterra con un microfilme que valía todo lo que uno quisiera pedir por él, así que adquirí una reserva para este viaje, metí unas cosas en mi maleta, y aquí estoy.

—¿Y por qué no ha negociado ya con Markshire la compra de ese microfilme?

—Porque Markshire no va a vendérmelo a mí. Ni a ninguno de los otros que viajan en el tren... Supongo que los estás viendo.

—Veo mucha gente.

—Escucha, si Markshire quisiera vender el microfilme a alguno de nosotros nos habría llamado. Es un zorro viejo, conoce a mucha gente, sabe cómo conseguir los contactos... Si no lo ha hecho es porque ya tiene comprador, y me atrevo a suponer que es un comprador que le interesa muchísimo más de lo que podamos interesarle cualquiera de nosotros. Posiblemente, lo está esperando en Venecia, o quizá la entrega del microfilme deba producirse durante el viaje. Sea como sea, debemos impedirlo.

—Y conseguir el microfilme.

—¡Naturalmente! Créeme, en este viaje vas a terminar mal si no cuentas con ayuda. Y lo mismo me pasará a mí. O eso, o renunciar al microfilme desde ahora mismo. ¿Qué me contestas?

—Veamos, señor Betrier: ¿usted está diciendo que este tren está lleno de agentes secretos que quieren conseguir el micro filme de Weldon Markshire?

—Exacto.

—¿Y él no se ha dado cuenta?

—¡Claro que se ha dado cuenta!

—Debe estar muy preocupado, entonces.

—Tal vez. Pero Markshire es de los buenos, no es ningún tonto... Y tú eres demasiado joven para engañarlo. Sabe de qué va tu simpatía, puedes estar segura, niña. No lo has engañado ni un segundo.

—O sea, que se está... divirtiendo conmigo.

—Bueno..., yo diría que sí. O quizá está pensando en el modo de utilizarte en su beneficio. Markshire sabe perfectamente que alguien le ha hecho la mala jugada de delatarlo, sabe que todos nosotros vamos tras el microfilme, y él tiene que estar tramando el modo de burlarnos a todos... Quizá espere conseguirlo con tu ayuda, sea ésta voluntaria o involuntaria, pero en cualquier caso, cuando ya no le sirvas te matará si lo considera conveniente para él. Te matará como quien aplasta una colilla, puedes creerme.

—¿Y usted no me mataría?

—Te daría una copia del microfilme.

—Sobre el cual desconoce su contenido.

—Así es. Pero valdrá la pena conseguirlo, ya lo verás.

Pamela estuvo unos segundos mirando los vivos ojos del veterano espía. Luego, despacio, fue mirando a su alrededor: los dos italianos y los dos rusos sostuvieron su mirada sin pestañear... Alrededor de ellos, los pasajeros normales del Orient Express seguían conversando, riendo, disfrutando del viaje y de la vida.

La mirada de Pamela regresó lentamente a los porcinos ojos del belga.

—No hay trato; señor Betrier. Prefiero trabajar sola.

—No digas que no te advertí —gruñó el belga, poniéndose en pie.

CAPÍTULO V

Entró en su compartimiento, cerró la puerta, y se quedó mirando sin pizca de asombro ni sobresalto al guapísimo Lazlo Griebb, que estaba sentado en el sofá-cama como si estuviera en su compartimiento.

—Hola, golfa —dijo Lazlo.

—¿Qué tal, golfo? —saludó Pamela.

—Bien. ¿Y tú?

—Espléndidamente. ¿Te había citado aquí?

—No. Ha sido un capricho personal.

—Ya. ¿Cómo has entrado?

—Valiente cosa —hizo un gesto despectivo Lazlo—, una puerta con cerradura para Lazlo Griebb.

—Entiendo. Eres muy hábil con las cerraduras, ¿eh?

—No es ésa mi única habilidad. Las tengo mejores.

—Por ejemplo, las damas maduras y ansiosas de carne joven y besos «apasionados».

—Las mujeres en general, prenda. También caen las jóvenes.

—Serán feas, o tontas, o ciegas.

—Me he llevado a la boca bocados mejores que tú.

—Habrás sido en sueños —sonrió simpáticamente Pamela—, porque de otro modo jamás en tu perra vida te has tirado una hembra de mi categoría. Así que menos fantasmadas, guapo. Y aligera que tengo cosas que hacer. ¿Qué se te ofrece?

—Que dejes en paz a la vieja, ¿de acuerdo? Deja ya de decirle que Venecia está sucia y todo eso. Quiero que esté contenta y feliz, no que una golfa como tú

me la ponga nerviosa y deprimida.

—Entiendo: las vacas, con música, dan más leche, ¿no es eso?

—Pues mira, sí —sonrió Lazlo—. Me parece que tú de esto sabes tanto como yo.

La asió de una mano, tiró de ella, y la sentó en sus rodillas. Acto seguido, mientras con un brazo la retenía por la cintura y con la otra mano le acariciaba los pechos por encima de la ropa, la besó en la boca. Pamela no reaccionó en modo alguno; estuvo quieta y tranquila hasta que él terminó y se apartó para mirarla a los ojos, entre interrogante y mosqueado.

—No se puede decir que tengas una técnica maravillosa, ¿sabes? —dijo irónicamente Pamela.

—Estás que te mueres de gusto por dentro —aseguró él—. Si en lugar de ser yo quien te ha besado así hubiera sido tu «primo» de turno estarías desmayada de gusto: en parte real y en parte para ponerlo contento. Bueno, te metería un polvo, pero me está esperando la vieja. Pórtate bien, ¿estamos entendidos?

—¿Tú no conoces al primo que he cazado?

—Ni idea. Es un hombre agradable, eso sí. Bueno, cuando se trabaja en lo nuestro de cuando en cuando también se encuentran clientes que no son del todo repugnantes.

—¿No sabes quién es ése?

—Pues no. ¿Quién es? ¿El rey de Inglaterra de incógnito?

—Se llama Weldon Markshire.

—Pues tanto gusto. ¿Y tú?

—Pamela Morley.

—Estupendo. Ya nos conocemos todos. Recuerda, putita, nada de fastidiarme a mi palomita. Oye, estás realmente buena, ¿eh?

—Demasiado para ti —sonrió Pamela.

—¿Demasiado? ¿Qué te apuestas a que te lo hago ahora mismo?

—No me hagas reír, gigoló de alcantarilla.

—Si serás puta... —masculló Lazlo Griebb.

¡Plaf!, resonó la tremenda bofetada que Pamela le aplicó en la mejilla derecha con su mano izquierda. Fue una señora bofetada, capaz incluso de derribar a un hombre corriente, pero Lazlo Griebb apenas movió la cabeza. Se quedó unos segundos mirando a Pamela Morley, y luego, lentamente, subió la mano por su espalda y la agarró por el cabello. De un tirón fortísimo la derribó sobre el sofá-cama junto a él, y en un instante estuvo sobre ella, aplastándola con su peso y su imponente musculatura.

—Y ahora —jadeó—, ya puedes gritar lo que quieras, que nadie va a impedir que te lo haga.

—Yo gritaré el día que tú seas hombre, perro —jadeó ella.

Lazlo Griebb apretó los labios, y volvió a besar segundos después a Pamela Morley, que apretó a su vez los suyos. Mientras se producía el feroz beso, Lazlo comenzó a forcejear con las ropas de Pamela, cuya enérgica resistencia dio lugar a que el

aventurero húngaro tuviera que ir arrancándoselas a pedazos. Pamela luchaba, pero su vigor físico no podía ni siquiera compararse al del atleta. En determinado momento, las uñas femeninas se hundieron en la carne masculina tras atravesar la tela de la camisa por la parte de la espalda. Lazlo se crispó, pero justo en ese momento, tras arrancar la prenda íntima de Pamela y prepararse él, lanzó la tremenda acometida que consiguió salvajemente su cometido.

Pamela Morley se tensó a su vez al sentir la tremenda penetración, y sus uñas se clavaron más en la espalda de Lazlo, que la abrazó rodeándola completamente con sus brazos, como si quisiera triturarla. Era tal su presión y su fuerza que Pamela abrió la boca desesperadamente en busca de aire, y él la besó entonces y hundió su lengua en busca de la de ella...

* * *

Tendida en el sofá-cama, revuelta con jirones de ropa destrozada, Pamela Morley miraba con inexpresiva fijeza a Lazlo Griebb mientras éste terminaba de ponerse bien su ropa. Lazlo la miró y dijo:

—Todavía siento mis manos llenas de tu carne, y te he tenido como a pocas hembras. Y sé que a ti también te ha gustado, lo sé. El día que quieras más, búscame y suplicámelo. Tal vez te lo conceda.

—Antes me moriría de asco.

Lazlo se sentó junto a ella, y le acarició los pechos complacidamente.

—Dile a Weldon Markshire que hay putas mejores. Y recuerda que si alguna vez quieres gozar de la vida

quizá me sienta bondadoso y te complazca. Bueno, creo que todo está dicho entre nosotros... ¿Cómo has dicho que te llamas?

—Pamela Morley.

—Muy bien, Pamela. Recuerda: nada de fastidiarme a mi palomita del Orient Express. Seamos respetuosos cada uno con el trabajo del otro.

—Cerdo.

—Putas.

Lazlo Griebb abandonó el compartimiento.

* * *

La aparición de la señorita Morley a la hora de la cena resultó sencillamente impresionante. No lucía más joya que sus grandes ojos verdes y el tono bronceado de su piel contrastaba con el negro y sencillo vestido de tremendo escote delantero y sin espalda. Hubo, por un instante, como una suspensión de cualquier actividad en el vagón restaurante del Orient Express, incluso por parte de los camareros, uno de los cuales se quedó a medio servir un cucharón de sopa.

Fue un instante, tan breve, que pareció no haber existido. Pero existió. Incluso para Lazlo Griebb, que, sentado a una mesa con Thelma Ryder, captó la mortificada mirada que ésta le dirigió, y se apresuró a mirarla y a sonreírle.

—Cada cual luce con su pelaje-dijo.

—Es una muchacha muy hermosa —murmuró Thelma.

Lazlo comprendió que no debía llevar demasiado lejos su complacencia como gigoló, y frunció el ceño y dijo:

—Es cierto, pero la calidad de una mujer no se mide

por su belleza, Thelma.

—Tampoco la de un hombre.

—Realmente, así es. Bueno, creo que estábamos hablando de otra cosa, ¿no es cierto?

—Sí —sonrió la viuda, animándose—, es cierto, Lazlo...

Este le sonreía, mientras estaba realizando el mayor esfuerzo de su vida para no seguir mirando a Pamela, al encuentro de la cual acudía poco menos que trotando Weldon Markshire, que la tomó de ambas manos y las besó, para regocijo de la bella morena, que rió quedamente.

—Eres como una realización de sueño amoroso-fantástico-erótico —exclamó Markshire.

—¡Qué cosas se te ocurren! —volvió a reír Pamela.

—Viéndote a ti a un hombre sólo se |e pueden ocurrir cosas... fantásticamente excelsas. O quizá debería decir excelsamente fantásticas.

De nuevo rió Pamela, mientras Markshire la llevaba hacia su mesa. Los dos guardaespaldas (o lo que fuesen con respecto a Markshire) ocupaban otra mesa, por supuesto situada estratégicamente para controlar a Markshire y el resto del vagón restaurante.

Markshire encargó la cena para los dos, y acto seguido se lanzó a una conversación viva, interesante e

inteligente pero que no consiguió acaparar toda la atención de Pamela Morley. Esta se daba cuenta de que faltaban personajes en el comedor. Es claro que forzosamente debía haber más de un turno, así que el hecho de no coincidir con los rusos, por ejemplo, no tenía nada de sorprendente. Los Bondetti cenaban en su compartimiento, y posiblemente habría otras personas que harían lo mismo...

—Me parece que no me escuchas —dijo Markshire, dándole una palmadita en una mano.

—¿Eh? Oh, sí... Si, sí. Bueno —sonrió la bellísima—, la verdad es que me he distraído un momento.

—¿Tal vez mirando al guapo gigoló?

—Tal vez —rió ella, relucientes los ojos—. ¿Eso te pondría celoso?

—Me temo que sí.

—Entonces hagamos una cosa —propuso ella—: cástate conmigo y te prometo no volver a mirar hombres en el resto de mi vida.

Markshire la miró incrédulamente, y de pronto ambos se echaron a reír. Él volvió a darle unas palmaditas en la mano.

—Entendido —dijo—: lo nuestro dura lo que un viaje, y ninguno de los dos tiene derecho a exigir más.

—¿Y... qué es lo nuestro, Weldon?

—Hay cosas que no necesitan explicaciones, cariño.

—Y cosas que aunque las necesiten no pueden ser explicadas. Por ejemplo, si yo te dijera que esta noche me es imposible compartir mis sueños contigo, ¿me creerías? Y además, ¿lo aceptarías sin preguntas ni protestas?

—Podría aceptarlo —asintió él seriamente—, pero la

verdad, Pamela, me gustaría saber por qué motivos me vería privado de tu compañía.

—Puedo decirte unas cuantas palabras al respecto. Y son éstas: no tengo más remedio que atender unos asuntos y encargos sobre los cuales me comprometí y deseo hacerlo bien. ¿Es suficiente para ti?

—Parece como si me estuvieses poniendo a prueba —rió Markshire.

—Quizá sea eso.

—Entiendo que no se trata de ningún asunto... parecido al nuestro. Quiero decir que no se trata de que te esté esperando un hombre.

—Si así fuese no sería para lo mismo que esperas tú. De Verdad, Weldon, tengo cosas que atender.

—Está bien.

—Pero no ahora —rió ella—. Si no estás molesto conmigo puedo dedicarte mi tiempo y mi compañía hasta que lleguemos a París.

—Estaré encantado. Por cierto, llegaremos a París sobre... ¡Vaya! ¡Esta sí que es buena! Se me ha parado el reloj.

—Eso le pasa a cualquiera —aseguró Pamela, riendo.

Markshire cruzó el brazo izquierdo ante el rostro, para colocar el reloj de pulsera pegado al oído derecho. Movi6 la cabeza con un gesto de disgusto, terminó por encoger los hombros, y sonrió a Pamela.

—En cualquier caso —dijo—, tenemos más de dos horas hasta París. Lo que significa que podemos tomar unas copas de champán en el salón. Supongo que te gusta el champán.

—Depende. Con el champán me ocurre lo mismo que con los hombres.

—¿Qué te ocurre con los hombres... y con el champán?

—Que o son de primera calidad o prefiero pasarme sin ellos.

Weldon Markshire soltó una estentórea carcajada. Había en su actitud, en el fondo de su mirada, algo que tenía espeluznada a la señorita Pamela Morley. En realidad todo aquel viaje la tenía espeluznada de modo especial. Había algo que no podía definir pero que le producía escalofríos bajo la piel... A su alrededor, en el sofisticado Orient Express, todo eran sonrisas, pieles, joyas, damas hermosas y caballeros amables. Pero mezclado con todo esto había un grupo de espías cuya presencia le resultaba siniestra.

Pero lo que le resultaba especialmente siniestra era la actitud de Weldon Markshire, respecto al cual ya había llegado a la conclusión de que parecía un gato jugando con una carnada de ratoncitos.

* * *

—Tengo que marcharme ya, Weldon.

—Sí —admitió éste en seguida—, estamos llegando a París. ¿Ya no nos veremos esta noche? ¿Seguro?

—Si pudiera iría a tu compartimiento, pero la verdad es que no creo poder hacerlo.

—Te quedarás sin utilizar mi bañera —sonrió él.

—Haré lo posible por utilizarla antes de que finalice el viaje, ya lo verás —rió Pamela.

Dio un simpático besito a Markshire, y abandonó el salón, donde tras la cena habían pasado un rato agradable conversando y bebiendo champán de primera calidad, por supuesto.

En primer lugar, Pamela fue a su propio compartimiento, donde la cama ya había sido hecha por el mozo de tren, aprovechando su ausencia durante la cena. No parecía que nadie más hubiera estado revolviendo cosas por allí; incluso, dentro del maletín de viaje, estaba la pistolita, que Pamela metió en el bolsito. Luego, tras titubear entre cambiarse de ropa o seguir con el vestido de noche, optó por esto último, se puso el precioso chal, y salió al pasillo.

Tres minutos más tarde estaba ante la puerta del compartimiento de los duques de Bondetti, a la cual llamó. Medio minuto más tarde estaba convencida de qué no iba a obtener respuesta, cuando ya uno de los empleados del tren se acercaba a ella con expresión solícita.

—¿Puedo servirla en algo, señorita?

—Sí, por favor —sonrió Pamela—. Venía a ver a unos amigos que ocupan este compartimiento, pero deben estar cenando o en el salón. ¿Le importaría abrirme para que pueda esperarlos dentro?

—No faltaría más.

El empleado del tren abrió la puerta con su llave maestra, sin problema alguno. La luz del compartimiento estaba apagada, y Pamela se apresuró a llevar la mano hacia donde sabía que estaba el interruptor, adelantándose al gesto del empleado, al que sonrió encantadoramente.

—Muchas gracias. Ha sido usted muy amable.

El hombre también sonrió. Pamela entró, y al mismo tiempo que encendía la luz del compartimiento

cerraba la puerta.

Allí, en aquel compartimiento también estaban hechas las camas. Y ambas se hallaban ocupadas.

La joven duquesa de Bondetti ocupaba la litera inferior, y el más que joven duque la superior! Ambos yacían bien tapados con la manta; cerrados los ojos, lívidos los demudados rostros, inmóviles ambos como si fuesen de cera. Era una escena grotesca.

Pamela retiró parcialmente la manta que cubría a Sergio Delfiore, y vio su pecho manchado de sangre. Lo tapó de nuevo, se acuclilló, y retiró también la manta de sobre el cuerpo de la duquesa. No le vio herida alguna, pero al intentar moverla pasando una mano bajo la espalda notó la viscosidad de la sangre, y retiró la mano en seguida.

El tren se deslizaba silenciosamente, elegantemente, en dirección a París, donde, naturalmente, se haría una parada.

Pamela entró en el cuarto de aseo del compartimiento, y se lavó las manos, pensativa. La idea de informar a cualquier empleado del tren sobre lo ocurrido ni siquiera pasó por su cabeza, así que, poco después, tras haber atisbado asegurándose de que el que le había abierto el compartimiento no estaba a la vista, salió rápidamente, cerró, y emprendió el regreso al suyo.

Tenía que utilizar la radio-moneda.

CAPÍTULO VI

—Bueno —oyó la voz de su comunicante cuando le hubo explicado lo ocurrido—, tengo dos informes para usted. Uno de ellos, que cuando fui a hacerme cargo de Zammit, él no estaba en su compartimiento. Otro, que vi salir a una persona del compartimiento de los Bondetti, lo cual cabría

suponer que es tanto como saber quién es el asesino.

—¿Quién fue?

—El belga Betrier.

—Está bien —Pamela apretó los labios un instante —. En cuanto a lo de Zammit, no tiene sentido. Si él estuviera todavía en el tren habría...

—Yo creo que no está en el tren.

—¿Lo cree? ¿Lo vio a punto de apearse en Dover, quizá, durante la maniobra...?

—No. Me inclino a creer que Helmut Zammit fue eliminado y arrojado por la ventanilla a la vía. ¿Le parece que tiene sentido?

—Ahora, sí.

—Me parece que la cosa no es tan simple como parecía en un principio, así que, señorita Morley, le sugiero que en cuanto lleguemos a París se baje del tren y lo olvide. Yo informaré para que...

—¿Que me olvide... de qué?

—De todo esto. Es demasiado para usted. Mire, una cosa es engañar a un sujeto aunque sea tan listo como

Markshire y otra cosa es meterse en un lío de esta envergadura. Créame: abandone el tren en París.

—No señor —refunfuñó Pamela Morley—. Yo me he propuesto bañarme en una bañera del Orient Express, como dicen que hizo Mata Hari, y le aseguro que lo voy a hacer.

Dicho esto la señorita Morley apretó la moneda, cortando así la comunicación. Segundos después salía del compartimiento. Y un minuto más tarde interrogaba a uno de los empleados del tren acerca del compartimiento que ocupaba Betrier. Tras agradecer la información finalmente conseguida, Pamela Morley fue a visitar al espía belga.

Este abrió la puerta con cierta cautela, pero al ver a Pamela pareció tranquilizarse, terminó de abrir, y exclamó:

—¡Aja! Conque se ha convencido de que debemos unirnos, ¿eh?

—¿Puedo pasar?

—Naturalmente.

Betrier se apartó, y Pamela entró. Él cerró la puerta, y señaló la única litera preparada para dormir. Se sentaron ambos.

—No se sorprenda de verme recluido aquí —dijo Betrier—. Ya soy mayorcito para jugármela estúpidamente. Y a fin de cuentas un microfilme es sólo un microfilme.

—No entiendo mucho de esas cosas —encogió los hombros Pamela—, pero sé que un microfilme puede ser mucho más que un simple microfilme: todo depende de la información que contenga.

—¿Por ejemplo?

—¡Zambomba, yo qué sé! Suponga que los rusos tienen planeado invadir Europa por sorpresa, y que alguien consigue microfilmear los planes logísticos de los ejércitos rusos... ¿Eso no sería una información absolutamente extraordinaria?

—De acuerdo —gruñó el belga—. Ya veo que usted es una jovencita bien entrenada... ¿De qué se ríe?

—De su error —rió de nuevo Pamela—. No soy una

agente secreto, si es eso lo que está tratando de decir.

—¿No? ¿Qué es, entonces? ¿Una monja?

—¡Tampoco! —estalló en risas la morena de los ojos ver des—. Señor Betrier, soy una prostituta de alto nivel metida en esto de un modo que no me parece conveniente explicarle.

—¿Pretende tomarme el pelo?

—Sería una crueldad, considerando el poco que le queda... en la azotea, aunque le sobre en los aleros.

—Escuche, jovencita, quizá sea cierto que usted no es más que una puta metida a espía circunstancialmente, y eso me parece bien. En el espionaje pasan cosas muy raras. Pero sea como sea yo me lo tomo en serio, de modo que no me venga con chirigotas de puta divertida.

—Está bien —asintió Pamela—. He encontrado asesinados en su compartimiento al jovencito del bigote de pelusa y a su madre, la duquesa. ¿Sabe algo al respecto?

—Sé que ninguno de los dos tenía nada que ver con un ducado italiano. Ella se llamaba Caterina Sforzato, y él Sergio Nicci. Solían formar pareja en trabajos sucios del espionaje, eran algo así como unos amantes- amigos-cómplices dedicados al asesinato. Usted, jovencita, no sabe con qué clase de víboras se ha estado relacionando.

—¿Y por eso los mató? ¿Temía que ellos pudieran matar o a usted anticipándose?

—¿De dónde saca que los maté yo?

—Alguien le vio a usted saliendo del compartimiento.

—Ya. Pues ese alguien debió decirle también que antes que yo estuvo en ese compartimiento la viuda alegre.

—¿Quién?

—¿No sabe a quién llaman ya la Viuda Alegre en este viaje de la belle époque? Todo el tren lo sabe, amiguita.

—¿Se refiere a Thelma Ryder?

—Claro. A la viuda enlutada, que se ha pegado como una lapa a ese chulo de altos vuelos. ¡Menuda caliente! Ese muchacho le va a sacar dinero, pero ella lo gozará a lo grande, puede estar segura.

—Y todo ello sin dejar de hacer su trabajo de espía.

—Y de asesina, no lo olvide. Aunque en este caso digamos que habría que darle un premio al asesino: por mala que sea la viuda eran mucho peor Caterina y Sergio.

—Supongo que tiene usted razón, que debe conocer mejor a los profesionales de estas cosas —asintió Pamela—. Pero me pregunto qué debían querer decirme Sergio y su «mamá»: me habían citado después de la cena.

—¿Usted sabe el viejo chiste del contrabandista de carros?

—Si lo sé no lo recuerdo en este momento.

—Había un sujeto que cada día pasaba una frontera sobre un carro cargado de paja. Los aduaneros lo tenían entre ceja y ceja, porque estaban convencidos de que aquel sujeto estaba pasando contrabando, así que cada día registraban el contenido del carro y al sujeto. Finalmente, se dieron por vencidos, y hablaron en serio con el carretero. Le dijeron que

estaban muertos de curiosidad, y que si él les decía qué clase de contrabando estaba haciendo se sentirían tan agradecidos que nunca se lo impedirían. Fue un trato. Así que finalmente el carretero le dijo cuál era la mercancía que pasaba de contrabando.

—¿Cuál era?

—Carros.

Pamela quedó un instante atónita. Luego, sonrió.

—Entiendo. Nadie hacía caso de lo evidente y buscaba entre la paja del carro, cuando el contrabando era el carro mismo. Era tan visible que nadie le hacía caso.

—Sí, ése era el asunto. Y lo mismo está pasando con usted

—¿Connmigo? —se pasmó realmente Pamela.

—Para todos nosotros, amiguita, usted es el carro de Markshire.

—¿Ustedes creen... que soy cómplice de Markshire..., y que mientras simulo andar tras el microfilme, como todos, la realidad es que soy yo quien tiene el microfilme y le estoy ayudando a transportarlo hasta Venecia?

—Exactamente —la mano derecha de Betrier, que había estado bajo la almohada como apoyándose allí casualmente, apareció con una pistola—. Sí, eso es lo que pensamos todos. Y por eso Sergio y Caterina la citaron: para quitárselo y asesinarla.

—Y ahora es usted quien quiere hacer eso mismo —murmuró Pamela.

—Me temo que no tengo más remedio —el belga sonrió sádicamente—. Me gustaría disponer de tiempo para, además, atarla a esta litera y violarla hasta hartarme y luego sacarle los ojos, pero como buen profesional que soy tengo mis prioridades. De modo que escuche mi trato: entrégueme el microfilme que transporta por cuenta de Markshire, y yo, a cambio, la mataré, sin más complicaciones ni perjuicios.

—Es usted realmente chocante, señor Betrier. Casi se diría que me está haciendo un favor.

—Si comparamos la simple muerte con lo que podría hacerle, sí que le estoy haciendo un favor. Mire, estamos llegando a París, y eso la salva de malos ratos. Déme el microfilme, la mato, y me apeo del tren. Es muy simple.

—Sí, lo es. Pero no me gusta. Señor Betrier, si usted quiere el microfilme, yo quiero mi vida, ¿lo comprende? Así que podemos hacer un acuerdo... intermedio: esperamos a entrar en París, y cuando el tren se detenga, usted tira su pistola bajo esta litera; yo le entrego el microfilme, usted se va, y yo quedo con vida. Ni usted me habrá matado, ni yo tendré ocasión ni tiempo de recoger la pistola de debajo de la litera antes de que usted desaparezca en la estación. ¿Le parece bien?

—¿Significa eso que lleva el microfilme encima?

—Tal vez —sonrió Pamela—. ¿Me invita a fumar?

Lucien Betrier contempló especulativamente a Pamela durante unos segundos. Por fin, asintió, sacó un paquete de cigarrillos, y lo tiró a las manos de la preciosa morena. Esta sacó un cigarrillo del paquete, se lo puso en los labios, alzó las cejas, abrió su bolsito, metió la mano dentro, y cuando el veterano belga, con fortísimo respingo de sobresalto, llegó a

pensar que tal vez en aquel bolsito cabía algo más que un encendedor, la señorita Morley ya estaba apretando el gatillo, sin sacar la mano del bolsito.

Ni siquiera se oyó el disparo: Pero la bala salió, vaya que sí, y fue a hundirse con blando sonido de impacto en el vientre de Betrier, cuyos porcinos ojillos relucieron de furia mientras todo el cuerpo se estremecía y su mano diestra reorientaba la pistola hacia Pamela Morley.

Esta sacó rápidamente la mano armada de dentro del bolsito, extendió el brazo, y volvió a disparar, a menos de un palmo del rostro del belga, que lanzó un grito que se truncó en seguida, cuando la diminuta bala perforó su frente con leve crujido y se alojó en su criminal cerebro. Se desplomó de lado, y quedó tendido en la litera, pero con las piernas fuera. Pamela se puso en pie, colocó bien a Betrier dentro de la litera, lo tapó, apagó la luz, y salió del compartimiento, cerrando la puerta.

El tren estaba entrando en París.

* * *

El tren estaba saliendo de París cuando Pamela se dirigió hacia el vagón donde sabía que viajaba Thelma Ryder, la Viuda Alegre. Se había enterado de cuál era su compartimiento, y además, al haber estado vigilándolo, sabía que estaba cerrado y que nadie salía de 61 o entraba.

De las dos alternativas que se le ocurrían a Pamela, una era la de que quizá la Viuda Alegre había corrido idéntica suerte que los Bondetti, pero se equivocó. Lo real resultó ser la otra alternativa.

—¿Quién es? —oyó la voz de Thelma al otro lado de la puerta, tras mucho insistir en las llamadas; parecía realmente molesta.

—Soy Pamela Morley. Es urgente que hablemos, Thelma.

Adivinó la indecisión de la viuda, y pensó en

insistir, pero esperó. A los pocos segundos la puerta se abrió,

dejando visible a Thelma, envuelta en un bonito salto de cama de color rosa:

—Pase, pase —exclamó Thelma.

Cerró rápidamente la puerta. Pamela miró las literas. Sólo una de ellas estaba desplegada, pero se veían muy revueltas las ropas... Antes de que tuviera tiempo de hacer el menor comentario, Lazlo Griebb salió del cuarto de aseo, completamente desnudo.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Quieres incorporarte a la orgía, zorra?

—Por favor, Lazlo —se incomodó Thelma—. ¿Qué ocurre, Pamela?

—A lo mejor ha venido a ver si llevo limpios los calzoncillos —sugirió el húngaro.

—¿Te quieres callar, chulo de alcantarilla? —le miró fríamente Pamela.

—Ten cuidado con lo que dices, puta —sonrió el gigoló—: además de insultarme a mí estás llamando rata a Thelma.

—Por favor, callaros los dos —rogó la viuda—. ¿Qué pasa, Pamela?

—¿Ha sido usted quien ha matado a los Bondetti? —preguntó directamente Pamela, mirando; los ojos de Thelma Ryder.

—¿Qué? ¿Que yo he...? ¡Dios mío!

—No, no ha sido ella —dijo Lazlo Griebb—: he sido yo.

Las dos mujeres lo miraron a cuál más pasmada e incrédula. Lazlo se echó a reír, fue adonde estaban sus ropas, retiró de ellas un cigarrillo, y lo encendió.

—De modo que no eres un gigoló;... —susurró Pamela—. ¿Qué eres?

—¡Huy, qué soy!—rió Lazlo—. Cariño, ni en cien años podría contártelo. Soy miles de cosas, y entre ellas, ciertamente, soy gigoló... cuando hay que ser gigoló.

—Y asesino cuando hay que ser asesino —dijo secamente Pamela.

—Sí, pero precisamente tú deberías estarme agradecida, porque si maté a Caterina y a su amigo fue para evitar que ellos te asesinaran a ti. Es lo que querían hacer, ¿sabes?

—No te pedí ayuda.

—Yo no te he ayudado para que me lo agradezcas. Simplemente, como todos los demás, estoy haciendo mi juego. Igual que Marlene. ¿Sabes quién es Marlene Schauer?

Thelma Ryder lanzó una exclamación, y retrocedió. Bajo la tenue tela del salto de cama se vieron sus macizas formas oscilando, tal como las Ubres de una vaca. Su rostro había quedado lívido. Pamela la miró, y miró de nuevo a Lazlo.

—¿Es ella? —preguntó moviendo la cabeza hacia la viuda.

—En efecto, chica lista. Marlene Schauer, cincuenta y dos años, de los cuales cincuenta los ha pasado en Gran Bretaña, así que, naturalmente, habla el idioma como si fuese nativa. Sin embargo, nunca le permitieron olvidar que ella nació en Alemania, en la hermosa y triunfante Alemania completa y auténtica de antes de la guerra, en la Alemania que los aliados destruyeron. Hace muchos años que Marlene Schauer está trabajando para la Alemania Oriental, ¿no es cierto, Marlene? Y siempre se ha distinguido

especialmente en una actividad. ¿Adivinas cuál, chica británica?

—¿La de asesinar?

—¡De lleno en el blanco! Así qué me dije: la vieja zorra de Marlene va a por el gordo, de modo que no hay que perderla de vista. ¿Y qué mejor modo de no perderla de vista que haciéndose amante de ella? Y un buen amante, para que no tenga la mala idea de asesinarme. ¿O no te he satisfecho suficientemente, Marlene?

—¿Quién eres tú? —chirrió la voz de la viuda.

—Algo así como el ángel protector directo de la señorita Morley. Preferiría no habértelo dicho —miró Lazlo a Pamela—, pero tal como están las cosas me parece lo mejor. De todos modos, no le digas absolutamente a nadie que cuentas con mi ayuda, pues entonces dejaría de ser eficaz. Creo que entiendes esto, ¿verdad, putita?

—Sí... Sí, lo entiendo.

—Bien. ¿Has conseguido saber algo del microfilme?

—Todavía no.

—Entonces tendrás que seguir cumpliendo las instrucciones que recibiste en Londres.

—Sí... Claro. Nadie me dijo que tú estarías en él tren para ayudarme en caso necesario.

—Por supuesto. Pero se te diría que contarías con ayuda en el momento preciso, ¿no?

—Sí... Eso sí. Bien, no sé... ¿Qué hacemos? Yo he venido a preguntarle a Thelma si había matado ella a los Bondetti porque eso habría implicado que quizá ellos hubieran conseguido algo que ahora tuviera ella, pero si los mataste tú...

—Para salvar tu vida —recordó Lazlo Griebe.

—No sé si me gusta tener esa deuda contigo.

—No os preocupéis —dijo Thelma, sarcástica—: ¡ninguno de vosotros le va a deber nada al otro!

Lazlo y Pamela miraron la pistola que Marlene Schauer había cogido de su neceser de maquillaje aprovechando que, al parecer, ni uno ni otro le hacía caso mientras se daban explicaciones. La pistola apuntó a Lazlo, y una sonrisa perversa asomó a los labios de la viuda.

—Pues sí —dijo—, lo he pasado maravillosamente contigo, perro: eres un magnífico semental. Pero sabes demasiado de mí, y además, cosa que de verdad me ha sorprendido, viajas en este tren con el mismo objetivo que yo: conseguir el microfilme de Markshire. Son motivos suficientes para eliminarte, ¿no te parece?

—Sí, tienes razón —suspiró Lazlo—. ¿Y qué pasará con Pamela?

—También va a morir. Cuantos menos seamos para la lucha final a fin de conseguir el microfilme, mejor. Os voy a matar a los dos, y os tiraré fuera del tren, como hice con Zammit, ese maldito entrometido.

—¿De modo que eso ocurrió, realmente? —la miró Pamela.

—El muy hijoputa me advirtió que estando él en un asunto yo debía permanecer al margen, pero luego se presentó hecho una pena, medio arrastrándose, para pedirme ayuda. Le ayudé con esto —movió la pistola, sonriendo—, y lo saqué del tren. Y lo mismo voy a hacer con vosotros... ¡Quieto ahí!

Al tiempo que gritaba la orden, Thelma-Marlene disparaba contra el pecho de Lazlo Griebe, que se había adelantado hacia ella. El húngaro disparó su puño derecho, que impactó con sonido de tambor sobre el seno izquierdo de la asesina. Fue un golpe brutal, que tiró sobre la litera a Marlene ya muerta, detenido el corazón por el salvaje impacto, el rostro desencajado, los ojos desorbitados.

Lazlo miró a Pamela, y le sonrió.

—Lo malo de los malos es que creen ser los únicos malos, o, cuando menos, los más malos entre los malos. Y en un mundo donde hay tantos malos no hay que sorprenderse de que haya alguien más malo que los malos. ¿Comprendes?

—Comprendo que le quitaste el cargador a la pistola de ella —dijo Pamela.

—Hombre prevenido vale por diez, putita. ¿A que no sabes lo que se rumorea de ti en el tren?

—Que soy el carro:

—¿El qué? —se sorprendió Lazlo.

—Que estoy ayudando a Markshire pero simulando que estoy tratando de engañarlo para conseguir el microfilme.

—Sí, eso se rumorean.

—¿Quién o qué eres tú exactamente? ¿Eres del servicio secreto británico?

—Ni hablar —rechazó olímpicamente Lazlo—. Soy un cerdo al que conocen bien y que utilizan para trabajos poco elegantes cuando les conviene. No encontrarás en mi biografía nada por lo que puedan darme un premio a la buena conducta. Soy una escoria..., pero muy útil a veces. ¿Aceptarías un consejo de este cerdo veterano y sabihondo?

—Oh, sí sonrió Pamela.

—Larguémonos de aquí. Dame un minuto para vestirme, metamos bien en la cama a Marlene, y larguémonos. Podemos ir a tu compartimiento o al mío. Yo optaría por el mío, pues a ti, lógicamente, han de tenerte más vigilada.

—Con la gente que está muriendo no va a quedar nadie para vigilarme.

—Siempre queda alguien, cariño.

Dos minutos más tarde, cuando ambos salieron del compartimiento de la extinta Thelma Ryder, pudieron convencerse de que las palabras de Lazlo habían sido proféticas: en el pasillo, con el aspecto y la actitud más pacífica y tranquila del mundo, estaban los dos italianos, uno a cada lado de la puerta, ambos con las manos metidas en el bolsillo del pantalón. Simplemente, hubo un, cambio de miradas entre ellos y Pamela y Lazlo. Este movió la cabeza, terminó de cerrar la puerta, y tomó de un brazo a la muchacha.

—Será mejor que no pongamos las cosas difíciles: a veces se saca algo en claro dialogando.

CAPÍTULO VII

Entraron los cuatro en el compartimiento de Lazlo Griebb, y uno de los italianos cerró la puerta, y en seguida hizo lo mismo que su compañero, esto es, sacar la pistola del bolsillo, exhibiéndola claramente pero sin truculencia.

La cama de Lazlo también había sido hecha, y uno de los italianos la señaló.

—Siéntense ahí. Y no hagan tonterías.

—¿Puedo fumar? —preguntó Pamela—. Es que estoy nerviosísima.

El otro italiano le arrebató el bolsito, retiró la pistolita de su interior, y lo devolvió a Pamela, que pareció resignarse y encendió un cigarrillo, mientras Lazlo la contemplaba irónicamente.

—¿Usted no lleva armas? —le preguntaron.

—Tengo una pistola, pero no la llevo encima.

—¿Dónde está?

—Escondida en el cuarto de aseo.

Uno de los italianos entró, y salió al cabo de un minuto con la pistola, que, junto con la de Pamela, dejó en un rincón. No hacía falta ser un gran experto para darse cuenta de que los dos italianos estaban recurriendo al comportamiento del guante blanco.

—Teníamos la duda de si la señorita estaba de parte de Markshire y jugaba a su favor —dijo uno de ellos —, pero dados los últimos hechos parece que deberíamos descartar eso. Creemos que si la señorita Morley estuviera haciéndole el juego a Markshire sería mucho más prudente. Quizá igualmente espectacular, a fin de desconcertar al prójimo, pero desde luego mucho más prudente.

—¿Y no les parezco prudente? —preguntó Pamela.

—En absoluto. Acudir a una cita con Caterina y Sergio, y luego visitar a Betrier, no nos parece nada prudente. Es claro que no podemos calibrar su verdadera valía, pero nos inclinamos a creer que es una imprudente. O eso, o la mejor espía del mundo. ¿Es usted la mejor espía del mundo?

—Me parece que no —sonrió Pamela.

—Es una puta de lujo —sonrió Lazlo.

—Ya. Y usted un gigoló de primera línea. Bonita pareja. Como suele decirse, Dios los cría y ellos se juntan. ¿O ya se conocían de antes?

—No. Oiga, ¿hemos de contarle nuestras vidas?

—Tal vez prefiera que yo le cuente las entrañas a balazos —dijo el italiano.

—Hombre, no.

—Entonces no se las dé de guapo conmigo. Veamos: ¿se han cargado a la viuda?

—Digamos, que ha sufrido un colapso cardíaco —sonrió Lazlo.

—A nosotros —intervino el que menos hablaba— nos interesa primordialmente una cosa, que es lo que últimamente nos tiene más mosqueados. Si ustedes colaboran en solucionar nuestras dudas la cosa terminará bien. Vamos a ver: ¿quién le informó a usted de que Markshire partía de Londres en el Orient Express con ese microfilme?

—Me llegó la onda por medio de un amigo que está, metido en esta porquería del espionaje. Me dijo que no sabía cuál era el contenido del microfilme, pero que tenía entendido que era importantísimo, y que quien lo consiguiera podría pedir muchísimo dinero.

—¿Muchísimo? ¿Cuánto, por ejemplo?

—Un millón de libras o más.

—¿Usted sabe lo que está diciendo? —sonrió sarcásticamente el italiano—. El espionaje real no tiene nada que ver con el de las películas en technicolor. Un millón de libras, amigo, no es una barbaridad: es una locura.

—Yo digo lo que me dijo mi amigo introducido en el espionaje. Si me quieren creer, bien; si no, ya pueden empezar a disparar.

Los dos italianos estuvieron mirando fijamente a Lazlo durante unos segundos. Luego, despacio, ambos miraron a Pamela.

—¿Y usted?

—A mí me contrató de modo especial el servicio secreto británico. Me recomendó... alguien muy importante con quien había hecho la cama alguna vez.

—¿Quiere decir que no es una profesional del espionaje?

—No, no lo soy.

—¿Y espera conseguir el microfilme, recuperarlo?
—el italiano se mostraba muy incrédulo, incluso desconfiado.

La solución era muy simple para Pamela Morley: sólo tenía que decir que ella no tenía que recuperar nada, sino anular el que portaba Markshire poniéndole encima media docena más. Pero dijo:

—A veces Dios protege y ayuda a los inocentes. Mire, yo tengo una ventaja que no tienen ustedes, ¿sabe?

—¿Cuál ventaja?

—Que Markshire está deseando acostarse conmigo, así que si fuese ahora mismo a su compartimiento

sería recibida con los brazos abiertos. ¿Haría lo mismo con ustedes?

—Me parece que no —sonrió uno de los italianos—. Pero sigamos con nuestra idea. ¿Saben ustedes cómo se enteraron los demás de que Markshire escapaba con ese importantísimo microfilme?

—No... Supongo que debió correrse la voz —dijo Pamela.

—Debió correrse la voz, ¿en? Mire, preciosa, aquí nadie utiliza el tam-tam, ¿sabe? Las noticias se comunican o no se comunican.

—¿Adonde quiere ir a parar?

—Quiero ir a parar a decir que nos sorprende muchísimo que se haya enterado tanta gente de todo esto del microfilme y del viaje de Markshire, Y simplemente, nos preguntamos quién «ha hecho correr la voz», como dice usted. ¿Qué se les ocurre al respecto?

—¿Tiene eso importancia? —preguntó Lazlo.

—Sí, la tiene, porque nosotros creemos qué ha sido el propio Markshire quien «ha hecho correr la voz».

—¿Con qué objeto?—se asió Lazlo.

—Con el de que todos estén demasiado ocupados vigilándose y matándose entre sí en su afán por obtener en exclusiva el microfilme. Tan ocupados que dejen de fijarse en él —Pamela, que era quien había expuesto esta teoría, frunció el ceño—. ¿Es eso lo que están pensando ustedes?

—Francamente, sí. Bueno, al menos sabemos que no es usted tonta. A nosotros nos mosquea mucho que Markshire viaje tan alegre y tranquilo en sus circunstancias. Obviamente ha tomado sus medidas, y creemos que son las que usted acaba de exponer: divertirse mientras los demás nos matamos unos a otros, y, ciertamente, en plena orgía de rivalidades, el abandonar el tren antes de llegar a Venecia.

—Jamás se me habría ocurrido pensar semejante cosa —dijo no poco irónicamente Lazlo Griebb.

El italiano que se había encargado antes de sus armas se acercó a ellas, las recogió, y las guardó bajo sus ropas.

—Les vamos a dar un buen consejo — dijo—: olviden el asunto, porque si volvemos a encontrarlos los mataremos. Una buena idea sería que permanecieran el resto del viaje en este camarote. No dudamos que una pareja tan vital y hermosa como ustedes encontrarán algo en que distraerse.

—Ya. Podríamos echar unos cuantos polvos, ¿no? — gruñó Lazlo.

—La idea no es mala —sonrió el italiano—. Y si no fuese porque soy un trabajador serio me cambiaría gustosamente por usted —la sonrisa se esfumó repentinamente de sus labios—. Se lo advierto a los dos: si salen de aquí aténganse a las consecuencias. Vámonos, Ennio.

El llamado Ennio asintió, fue a la puerta, la abrió... y retrocedió violentamente, lanzando una ahogada exclamación que apenas permitió oír el ahogado estampido del disparo efectuado con silenciador. Todavía estaba Ennio retrocediendo y cayendo hacia el centro del compartimiento cuando apareció en el umbral uno de los supuestos rusos, vigilante la mirada, listo para seguir disparando. En él momento en que veía al otro italiano, éste le disparaba. El ruso recibió el balazo en el ojo derecho, que reventó horriblemente; su cabeza fue sacudida de tal forma

que las salpicaduras se extendieron por todo el compartimiento, como si se tratase de un surtidor loco... El ruso fue empujado hacia atrás. Su compañero, que entraba tras él, lo paró con la mano izquierda, pasó la mano derecha con la pistola por encima del hombro, y disparó contra el italiano, acertándole de lleno en la frente. El italiano ni siquiera gritó. Se oyó el crujir del hueso, saltó hacia atrás, chocó contra un tabique tapizado bellamente, y cayó de bruces. Casi al mismo tiempo caía el ruso muerto, empujado por su compañero, el cual entró, cerrando rápidamente tras él y apuntando a Lazlo con la pistola. El ruso estaba lívido.

—Dios bendito —jadeó Pamela, mirando a los tres hombres muertos, prácticamente amontonados en el pequeño compartimiento.

El cuadro era sencillamente espantoso. Los tres cuerpos estaban todavía calientes, por supuesto. Ni siquiera hacía tres segundos que aquellos hombres habían estado vivos.

Con todo, el ruso sobreviviente estaba tan pálido y demudado que parecía tan muerto como los otros tres espías. Su mirada fue brevemente hacia su compañero muerto de un balazo en el ojo, y por un momento pareció que el hombre fuese a vomitar. Tragó saliva, apretó los dientes, y miró a Pamela.

—¿Lo tiene? —jadeó—. ¿Lo ha conseguido?

—¿El microfilme? No, no señor, no lo tengo.

—Ustedes son de los que primero disparan y luego conversan, ¿verdad? —gruñó Lazlo.

—Usted cállese —dijo secamente el ruso—: no es nadie aquí.

—¿Y usted qué cono sabe quién es quién aquí? —replicó el húngaro; movió la cabeza hacia los cadáveres—. Apuesto a que no tiene ni idea de lo que se les había ocurrido a los italianos.

—¿Qué se les había ocurrido?

—Que todos los que, estamos en el tren sabemos lo del microfilme porque él quiso que nos enterásemos,

para que nos matásemos entre nosotros y le dejásemos en paz a él.

—Eso lo dije yo, no los italianos —protestó Pamela.

—Pero la idea partió de ellos.

El ruso, que miraba de una a otra, dejó la mirada fija en Pamela.

—¿Los italianos vinieron a comentar eso con ustedes? —murmuró.

—Bueno, también querían el microfilme, claro. Pero eso era lo que los tenía mosqueados. Y nosotros dos estamos de acuerdo con ellos. ¿Verdad, Lazlo?

—Verdad, cariño —dijo Lazlo, sonriendo.

El ruso se sentó en el borde del lecho, pensativo, y estuvo así unos segundos.

—Sí. —murmuró por fin—, eso sería muy propio de Markshire, ese maldito zorro. Mientras los demás nos creíamos listísimos por haber cazado la noticia de que él viajaba hacia Venecia con un fabuloso microfilme, él se reía imaginando cómo nos íbamos eliminando unos a otros. ¡Maldito sea...! Pero una cosa sí debe ser cierta: el microfilme existe. ¿De acuerdo?

—Existe —asintió Pamela—. Me consta porque el servicio secreto británico, que es quien me ha colocado a mí en este tinglado, así me lo aseguró.

—Ya —el ruso se pasó la mano libre por la cara—. Ya, ya. Bien, hasta ahora le hemos estado haciendo el juego al señor Markshire, según parece. Y ya sería hora de que ahora tomáramos la batuta nosotros. Quizá sería interesante ir a hacerle una visita a Markshire.

—Será mejor que se lo piense bien —dijo Pamela—: debe llevar con él no menos de cinco ó seis guardaespaldas.

—No —rechazó el ruso—. Solamente lleva dos. Dos mercenarios de mala sangre. Los conozco. ¡Menuda jugada ha hecho el señor Markshire...! Contrata dos matones de elite nada más, y ellos dos y él se pasan el viaje tan ricamente mientras los demás nos vamos destrozando.

—Inteligente sí que lo es —murmuró Pamela.

El ruso asintió, y de nuevo quedó pensativo. De pronto miró a Lazlo, que parecía estar aburriéndose mortalmente.

—¿Usted trabaja solo? —preguntó.

—Más o menos. Ahora me he hecho amigo de ella —señaló Lazlo con la barbilla a Pamela:

—Ni hablar de eso —rechazó la bellísima morena de ojos verdes—. Tú no eres amigo mío ni en una pesadilla, vamos.

—Pues bien que te gustó cuando hicimos el amor.

—¡Pero qué...!

—Oigan —cortó él ruso—, ¿a qué viene esto? ¿A ustedes les interesa el microfilme o no? ¿O están aquí para joder?

—Mejor eso que hacer lo que ha hecho su compañero —dijo Lazlo—: para morir siempre se está a tiempo.

—¡Qué frase tan inteligente! —elogió con claro sarcasmo Pamela—. ¿La has pensado tú sólo?

—Oigan, dentro de pocas horas estaremos en Lausanne-masculló el ruso—. Tal vez les gustaría que para entonces hubiéramos conseguido el microfilme y los tres pudiéramos beneficiarnos de ello.

—Lo que faltaba —se irritó Lazlo—: ¡ahora querrá que nos aliemos para conseguir el microfilme!

—¿Por qué no? Ellos son tres, y nosotros somos tres. Tenemos probabilidades de conseguirlo a las malas. Porque a las buenas hay que olvidarlo, amigo.

—No soy su amigo —rechazó Lazlo—. Ni pienso serlo. De manera que siga su camino y nosotros seguiremos el nuestro.

—¿Eso piensa?

—Y con toda claridad. Así que déjenos en paz.

—Por supuesto que sí —asintió secamente el ruso—: voy a dejarlos en paz, ya lo creo...

El ruso tuvo un extraño e inesperado privilegio: antes de morir bailó con la señorita Pamela Morley. Esta, a la que el ruso tenía un poco descuidada al centrar su más tensa atención en Lazlo, giró de pronto como una consumada bailarina, y fue a parar entre los brazos del ruso, de espaldas a éste. El ruso lanzó una exclamación cuando las dos manos de Pamela asieron su muñeca armada, e intentó retirar la mano. Tuvo entonces la impresión de que las bonitas manos de la espléndida morena eran de acero; ella continuó girando de tal modo que obligó al ruso a hacer lo mismo, y, de repente, Pamela pasó la cadera hacia el exterior, se inclinó fuertemente, y el ruso pasó por encima de su espalda y cayó sentado de posaderas, todavía su mano derecha sujeta por las dos de Pamela.

Lazlo Griebb se adelantó, disparó el pie derecho, y

la punta del zapato impactó con blando chasquido en la sien izquierda del ruso. Este puso los ojos en blanco mientras caía fuertemente de costado, y eso fue todo. Pamela se quedó con la pistola, y se arrodilló junto al ruso y le puso dos dedos en un lado del cuello.

—No te molestes —dijo de mal talante Lazlo—: está muerto.

—Se diría que eso te disgusta —le miró ella.

—¡Claro que me disgusta! Una cosa es engañar viejas ricas por dinero pero haciéndoselo pasar bien y otra cosa es ir cargándose a la gente.

—¿A que va a resultar que eres un franciscano?

—Vete al infierno.

—Oye, que lo has matado tú, no yo —recordó Pamela; se dejó caer sentada en el lecho—. ¡Esto es horrible! Un viaje que debería ser tan agradable y ha muerto yo qué sé ya cuanta gente.

—Pues el asunto no ha terminado todavía. Además, si quieres pedirle cuentas a alguien por todo esto pídeselas a Markshire.

—Sí —parpadeó como sorprendida la señorita Morley—. En realidad todo es culpa de él: él fue quien traicionó al servicio secreto británico, él es quien está transportando el microfilme, él es quien ha informado a varios contactos bien conocidos de que él mismo transporta ese microfilme..., y él es quien se ha estado divirtiendo de lo lindo... hasta ahora. Vamos a mi compartimiento: tengo allí una radio con la que puedo llamar a alguien que tendrá que atender la parte desagradable del asunto.

—¿Alguien del servicio secreto británico?

—Claro. No viajo sola en el tren, «cariño».

—Si yo fuese tú no me pondría en contacto con él.

—¿No? ¿Qué harías tú... si fueses yo?

—Intentaría recuperar el microfilme cuanto antes, me apearía en Lausanne, y sólo entonces le diría a mi compañero que pusiera pies en polvorosa, y que cada cual se las arregle como pueda. ¿Por qué hemos de complicarnos la vida por unos cuantos espías?

—Me parece a mí que ni siquiera eran buenos espías —murmuró Pamela, para sorpresa de Lazlo—. Vamos; digo yo que los verdaderos y buenos espías no pueden ser tan torpes y brutales. Eso de andar por un tren matándose de cualquier manera no me parece nada elegante. ¿Ya ti?

—Seguramente tienes ratón-asintió Lazlo, fruncido el ceño—. Sí, seguramente son todos carne de horca, gente adecuada a los planes de Markshire. ¡Demonios, seguro que tienes razón! Si él hubiera informado a espías de categoría las cosas habrían sucedido de modo muy diferente, apuesto a que sí: menos muertos y acciones más inteligentes.

—Eso pensé, aunque sea la primera vez que hago de espía.

—Pues hija, si haciendo de puta te va tan bien como haciendo de espía debes tener un montón de oro en Suiza.

—Oye, un momento... ¡No estarás pensando realmente en convertirte en mi gigoló!

—Podrías caer en peores manos —aseguró Lazlo.

—Chocante —movió ella la cabeza—. Va a resultar que después de toda mi agitada vida de cama en cama voy a ser yo quien tenga que pagar para tener satisfacciones sexuales. ¿No te parece de lo más chocante?

—Bueno, del mismo modo que se dice que a todo cerdo le llega su San Martín, se podría decir que a cada puta le llega su gigoló.

Pamela sonrió, mirando con simpático interés a Lazlo Griebl, que se acercó a ella, la tomó por la barbilla, y la besó en la nariz.

—Puedo hacerte mi primer gran servicio ahora mismo —dijo el gigoló—. Te gustará.

—¿Crees que es el momento? La verdad, no estoy precisamente en órbita para hacer el amor.

—No me refiero a eso. Prácticamente nos hemos quedado solos para intentar conseguir ese microfilme,

¿no es así? Pues bien, vamos a por él sin más dilaciones. Markshire se debe considerar muy bien protegido por sus dos matones, pero podríamos darles una lección a ellos y al propio Markshire.

—Y quedarnos el microfilme y hacer una copia para cada uno.

—Claro —sonrió Lazlo.

—Estupendo —sonrió también Pamela—. ¿Qué buena idea se te ocurre para que obtengamos el éxito que tanto nos merecemos?

—Capullo —dijo Lazlo, colocándole una manaza en un hombro—, eres lista, guapa y tienes mala leche cuando conviene: ¡tú y yo, juntos, llegaremos lejos, cariño, te lo dice Lazlo!

CAPÍTULO VIII

El hombre estaba adormilado cuando sonó la llamada a la puerta del compartimiento, pero reaccionó rápidamente, sentándose en la litera y recurriendo en el acto a la pistola, que había dejado bajo la almohada.

La llamada a la puerta se repitió.

—¿Quién es? —graznó el hombre.

—Soy Pamela Morley —oyó la voz de la muchacha—. ¡Abra, por favor, ha ocurrido algo horrible!

El hombre se tensó bruscamente. En un instante, comprendió qué era lo que había sucedido tan horrible: pese a todo, alguien se había cargado a Weldon Markshire. Y por tanto, a su compañero, que estaba de turno con él en el compartimiento vecino. Así se había convenido: dos compartimientos, uno para ellos y otro para Markshire, pero durante la noche, al momento de dormir, ellos se turnarían, quedando uno con Markshire mientras el otro descansaba. Si algo preocupante ocurría, el que vigilaba junto a Markshire golpearía el tabique entre uno y otro compartimiento... Tal vez su compañero había golpeado y él no había oído nada.

En cualquier caso, ni remotamente se le ocurrió que la señorita Morley pudiera tenderle ninguna trampa. Y ello porque Markshire se lo había dicho a los dos: ella es la muñeca oficial, y esperará hasta Venecia, así que no debe preocuparnos; los demás sí, pero ella no. ¡Y menudo era Markshire para sacar deducciones y hacer planes!

De modo que, tras el sobresalto y el instante de parálisis, el hombre se apresuró a abrir la puerta del compartimiento.

Vio a Pamela Morley.

Acto seguido, junto a ella vio aparecer al apuesto gigoló del bigotazo espectacular. A continuación,

todo muy de prisa, notó sobre el pecho, justo en la zona del corazón, el duro contacto de la boca de una pistola. Por último, oyó el amortiguado «plop» del disparo.

Y eso fue todo. Entre el impacto de la bala y el empujón que le propinó Lazlo mientras disparaba el sujeto salió disparado hacia el interior del compartimiento. Entonces, Lazlo entró, cerró la puerta, y se sentó en la litera. La señorita Morley, que llevaba un paquetito, se quedó en el pasillo, por el cual caminó hasta alcanzar la puerta del compartimiento contiguo, a la cual llamó.

Tardó unos segundos en oír la voz de Markshire:

—¿Sí? ¿Quién es?

—Soy Pamela, Weldon. Ya sé que es un poco tarde, pero...

La puerta del compartimiento se abrió rápidamente, y apareció Weldon Markshire en el umbral, en pijama. Detrás de él, poniéndose la chaqueta que ocultaba el atalaje y la funda axilar con la pistola, estaba el otro guardaespaldas.

—...Me pareció que no te importaría que aprovechara la ocasión para terminar de pasar la noche contigo

—terminó Pamela, sonriendo.

Markshire también sonrió, y se apartó. Pamela entró, se echó a un lado, y el hombre salió. Markshire cerró la puerta, la abrazó, y la besó en la boca, mientras comenzaba a acariciar su cuerpo.

Ella se apartó, pero sin brusquedad, y susurró:

—Han ocurrido cosas horribles, Weldon. La... la verdad es que he venido por eso.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué ha ocurrido?

—Han matado a los Bondetti, y a otros. En realidad han muerto todos menos yo. Y, por favor, no te hagas el tonto: sabes muy bien de qué y de quiénes te estoy hablando.

Él sonrió. Era apuesto, simpático e inteligente..., pero había en sus ojos una luz que a Pamela le pareció siniestra.

—¿Y cómo es posible que tú no hayas muerto? —preguntó con amable interés Markshire.

—Supongo... que he tenido suerte. ¿Qué hora es? Markshire miró su reloj, y movió negativamente la cabeza.

—Todavía lo tengo parado. Pero ¿qué importa la hora en estos momentos y circunstancias?

—Sólo quiero saber cuánto falta para la próxima parada. Yo... La verdad es que tengo miedo, y quisiera... quisiera apearne. Weldon, sé que no te he engañado en ningún momento, que siempre has sabido que yo pertenezco al servicio..., pero lo que no sabes es que realmente no es así.

—Explícate —frunció el ceño el espía.

—Bueno, en realidad soy... soy una prostituta que... ¡Oh, eso no importa ahora realmente!

—Muy bien. ¿Qué es lo que importa? Has dicho que has venido a terminar de pasar la noche conmigo. ¿Eso también es mentira?

—No, no era mentira, pero ahora lo es. Ahora ya sé dónde tienes el microfilme —la pistolita apareció en la diestra de Pamela Morley—, de modo que puedo matarte, cogerlo y marcharme. Me encargaron otra cosa, pero puesto que sé dónde tienes el microfilme y puedo hacerme con él en un par de segundos, no vale la pena alargar la situación.

—De manera que eres, de ellos, después de todo,

¿eh?

—No. Pero creo que debo estar de su parte, no de la tuya.

—¿Eso crees? Tal vez cambiarías de opinión si me escucharas un par de minutos. Pero no harás tal cosa, ¿verdad? Simplemente, matarás al traidor y volverás a Londres victoriosa y tan contenta.

—Puedo escucharte un par de minutos —murmuró Pamela—. Pero, por favor, nada de mentiras. Ni lo intentes, Weldon.

—Muy bien. Nada de mentiras. La verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. ¿Te gustaría saber cuál es el contenido del microfilme, los planes que pude fotografiar?

—Me gustaría mucho saberlo, sí.

—Alright, chica lista. Pues contienen un plan para provocar una guerra entre dos países africanos que hasta el momento, ¡caso raro!, se han estado respetando aceptablemente uno al otro.

—¿Quién provocaría esa guerra?

—Nuestra amada reina, preciosa. Aunque tampoco es justo cargarle el mochuelo a ella. Cariño, es un plan británico, simplemente.

—No me lo creo. ¿Por qué habría de hacer eso Gran Bretaña?

—Te lo explicaré resumido: provocamos la guerra entre esos dos países, los destrozamos, luego nos

presentamos como salvadores mediadores y prácticamente, nos quedamos con todo el país, es decir, con los dos países. No con la tierra, claro, que eso bien poco vale, sino con el petróleo que contiene y que tanto estamos necesitando y cuyo déficit futuro no está muy lejano. Al parecer hay en la costa de esos dos países petróleo suficiente para inundar África entera..., y Su Majestad lo quiere. De modo que vamos a organizar una buena matanza entre africanos, para tener el pretexto de intervenir y apoderarnos de todo.

¿Lo entiendes?

Pamela se pasó la lengua por los labios.

—¿Y qué pensabas tú hacer con ese microfilme? —susurró.

—Inteligente pregunta —replicó él, sarcástico—. ¿Qué pensaba hacer con él? Pues está bien claro: negociarlo en los países en cuestión, y venderlo a quien me lo pague mejor. Y si te parece que eso es ser un traidor, pues de acuerdo, pero te expondré mi punto de vista: Su Majestad está tramando un juego criminal, que puede costarle la vida a miles o cientos de miles de personas. ¿Y qué hago yo? Pues yo, querida, simplemente, evito esa contienda y me aseguro una cantidad muy interesante para mi vejez de espía siempre mal pagado. A cochino, y medio..., aunque habría que ver quién es el más cochino en este juego. ¿Crees que soy yo?

—No... No lo creo.

—Bueno, pues tú verás qué haces. O le sigues el juego a Su Majestad o me lo sigues a mí. ¿Y bien?

—No sé qué hacer. Se mire como se mire tú eres un traidor.

—¿Y qué son ellos? Maldita sea tu estampa: ¡están tramando una guerra que podría extenderse a otros países africanos fronterizos con los directamente afectados por su plan de incordio! ¿Es que no

puedes entender esto?

—¿Qué me propones?

—Olvidate del servicio —centellearon los ojos de Markshire—. ¡Que se vayan todos al infierno! Vente conmigo a África, cobremos nuestro dinero por el microfilme y que se hunda el mundo.

—Eso es lo que no me gusta de ti, ¿ves? Está en la línea de la jugada realizada con todos esos desgraciados que se han estado matando unos a otros. No, Weldon, no me gustas, no puedo confiar en ti.

—¡Eso que dices es absurdo! ¿Qué crees que debería haber hecho? ¿Dejar que vosotros me hicierais pedazos en este tren, o en la misma Londres? ¡Tenía que tomar mis medidas de supervivencia, eso es todo!

—No me gustas —se entercó Pamela—. ¡No me gustas! Sé que estás tramando algo que no me dices. No, no quiero hacer tratos contigo.

—De acuerdo, entonces. Hazles el juego a ellos. Márame, llévalas el microfilme, y que organicen todo su tinglado criminal. ¡Te felicito, cariño!

—Puedes ahorrarte todos tus sarcasmos. Conozco bien a los hombres, y sé que tú eres de los que no merecen consideraciones. Sé que estás tramando algo que perjud...

Pamela Morley lanzó un grito de sobresalto cuando, inopinadamente, Weldon Markshire saltó sobre ella con una furia terrible. Al mismo tiempo que gritaba, Pamela disparaba, pero la bala acertó a Markshire en el abdomen, y no fue suficiente para detenerle. El choque entre ambos fue fortísimo, y cayeron los dos. Pese a la herida recibida Markshire todavía conservaba por el momento una energía masculina que le permitió, en aquella primera fase de la lucha, tomar la ventaja colocándose sobre Pamela y sujetándole con su mano izquierda la derecha a ella.

—Ahora vas a ver, perra... —jadeó—. ¡Vas a ver lo que les pasa a las zorras como tú cuando se atreven

con hombres como yo! ¡Vas a ver!

La mano derecha de Markshire cayó como una garra sobre el cuello de; la muchacha, y se cerró allí con una fuerza inaudita, al mismo tiempo que presionaba contra el suelo. Casi en seguida el rostro de Pamela comenzó a oscurecerse, y los dos comenzaron a desorbitarse.

—Vas a ver... ¡Y tienes razón, perra! No es a los interesados a quienes quiero venderles... el microfilme. No es a ellos, para que eviten el enfrentamiento no cayendo en la trampa que quiere tenderles... Su Majestad... ¡No es a ellos, sino a quienes, conociendo lo que va a ocurrir, sacarán provecho de ello! ¿Té enteras? ¡Pues ahora que te has enterado...!

Ni Pamela ni ¡Markshire estaban oyendo ni viendo nada más. Para ambos el mundo se reducía solamente a ellos dos, a su situación, a su circunstancia. Markshire no tenía en aquel momento más objetivo ni anhelo en la vida que estrangular a Pamela, y ésta ya hacía suficiente con resistir la presión, con seguir viviendo y forcejeando débilmente en vano intento de salir del apuro...

Y así, ninguno de los dos oyó abrirse la puerta; ni vio aparecer a Lazlo Griebe portando en la mano la ganzúa especial con que la había forzado.

Lazlo cerró en seguida, se acercó a Pamela y Markshire, y acercó la boca de su pistola al rostro del británico.

«Plop», chascó suavemente el disparo.

La bala astilló la frente de Weldon Markshire, atravesó el cerebro, y reventó también el cráneo por la parte posterior, saliendo..., mientras su impulso arrancaba brutalmente al espía de encima de Pamela Morley, que se sentó rápidamente, comenzó a toser, y de repente se desmayó..

Despertó con una remota sensación agradable. Unos pocos segundos más tarde, atónita, se daba cuenta de que se hallaba dentro de una bañera de lo más demodée. Sentado en el borde, mirándola ansiosamente, estaba Lazlo Griebb.

—¿Qué tal? —le sonrió él, preocupado.

—Pero... ¿qué... qué ha pasado...?

—Te desmayaste, y entre eso y que estabas llena de la sangre que salpicó Markshire me pareció que te sentaría bien un baño caliente. ¿Cómo te sientes?

—No lo sé.

—Bueno, ve pensándolo. Pero con calma. Todo va bien ahora, putita.

—¿Qué piensas hacer? —le miró ella vivamente de pronto.

—¿Estás preguntando si te voy a traicionar, o hacer cualquier marranada que te perjudique?

—Sí, exactamente eso es lo que te estoy preguntando.

—Tranquilízate. Mira, te diré lo que me gustaría hacer: conseguir ese maldito microfilme, apearnos del tren, y venderlo, o hacer lo que sea mejor para los dos.

—¿No piensas traicionarme?

—No.

—¿Ni matarme? —Todavía menos, cono —gruñó Lazlo.

—¿Por qué? Sabes muy bien que en efecto yo soy una puta, pero tú eres un golfo sinvergüenza capaz de engañar a cualquiera a cambio de dinero.

—No exageres —gruñó de nuevo Lazlo—: hasta las malas bestias como yo acaban por enamorarse, tarde o temprano.

—Estás bromeando... ¡Te estás burlando de mí!

—No he podido dejar de pensar en ti desde que te violé —masculló Lazlo—. No dejo de ver tus ojos, tu boca, y de oír tu respiración contenida. Maldita seas, estoy loco por ti, zorra.

—Pues no se puede decir que hayas ido a enamorarte de una joya, precisamente —sonrió Pamela.

—Tampoco yo soy ninguna maravilla. Pero mira, no sé dónde ni cuándo leí que las gentes de mala vida a veces encuentran algo o alguien que los pone en el buen camino. Y te diré algo más: con tal de tenerte conmigo soy capaz de cualquier cosa. Incluso de dejar de ser gigoló. Y si me apuras, hasta de trabajar. En algo que no sea muy cansado y que esté bien pagado, eso sí.

—Dios mío, debes haberte vuelto loco.

—Sí —admitió Lazlo Griebb—, pero así están las cosas. Bueno, dime qué hacemos, putita. ¿Seguimos juntos a ver qué pasa, buscamos el microfilme, abandonamos el tren, esper...?

—Yo sé dónde está el microfilme... Pero no nos lo llevaremos, Lazlo. Lo dejaremos con los seis que me dieron para dejar sobre el cadáver de Markshire.

—No sé si estoy entendiendo —mostró su pasmo Lazlo.

Pamela le explicó el plan que tenía que cumplir, y luego los dos quedaron silenciosos, hasta que Lazlo preguntó:

—En definitiva: ¿qué piensas hacer?

—¿De verdad no vas a traicionarme? Estoy pensando que quizá estás esperando que te diga dónde está el microfilme para luego matarme.

—No.

—Entonces, tráeme el reloj de pulsera de Markshire. El microfilme está dentro. Es decir, creo que está dentro. Debió colocarlo bien, f pero se soltó y dio lugar a que se parara el reloj. Y él no lo puso de nuevo en hora porque o bien tenía que abrir el reloj, cosa que no le pareció oportuna, o temió que si accionaba la ruedecita podía deteriorar el microfilme. O sea, que tiene que estar en el reloj.

Lazlo Griebe consiguió cerrar la boca. Fue en busca del reloj de Markshire, lo abrió con el filo de un cortaúñas, y lo primero que vieron ambos fue la delgada y diminuta tira negra y reluciente enroscada entre la pequeña maquinaria.

—Caray —dijo Lazlo.

—Este nos lo quedaremos, por si alguna vez los del ser vi ció secreto de Su Majestad quieren molestarnos

—dijo Pamela—. O por si pretendieran montar ésa guerra. Pero tendrán que dejar correr esa clase de planes. Su propio temor a que el microfilme no pudiese ser recuperado les ha metido en una trampa: dejaremos los seis microfilmes que me dieron, y así, cuando en Venecia los compradores de Markshire lo encuentren y encuentren los microfilmes, no sabrán qué hacer, qué microfilme creer..., pero los espías sabrán que ya no podrán hacer nada en ese sentido. ¿Estás conforme?

—Debería cortarte el gaznate y quedarme el microfilme y los otros seis —sonrió Lazlo—, porque para eso me pagaron, amiguita. Pero no contaban con que me enamorase de ti. ¡Que se jodan los británicos!

—Lazlo, no me engañes.

—No te engaña. Vístete. Nos aparemos en Lausanne, tranquilos y sosegados. Aquí no ha pasado nada.

—Dios mío, dice que no ha pasado nada... Ha muerto tanta gente que hasta la muerte tendrá que vestirse de luto... ¡y dice que no ha pasado nada! .

—Bueno —frunció el ceño Lazlo Griebb—, no nos ha pasado nada a nosotros, y para mí eso es no pasar nada. Vamos a prepararlo todo para bajar en Lausanne. ¿O prefieres que echemos un polvo?

—¡No! ¿Cómo puedes hablar de eso ahora?

—Pero dime la verdad: ¿te gustó cuando te violé?

—Yo también debo estar loca, porque es desde entonces que no he podido dejar de pensar en ti.

—Pues los dos estamos locos —encogió los hombros el húngaro—, pero lo vamos a pasar fenómeno juntos, putita.

ESTE ES EL FINAL

Cuando el tren prosiguió su viaje dejando atrás Lausanne, y deslizándose hacia el Simplón, dos viajeros se quedaron en tierra. Voluntariamente y además clandestinamente.

Pero sus problemas habrían de durar muy poco. Lazlo Griebb robó un coche, y con él se alejaron de la estación, y abandonaron la ciudad. Llevaban sus

documentaciones, sus equipajes, todas sus cosas..., y el microfilme auténtico. Posteriormente, Pamela cobraría las cinco mil libras ofrecidas por el servicio secreto británico, y con el dinero que ya tenía ella y el que tenía el sinvergüenza de Lazlo Griebb de sus correrías podrían empezar una nueva vida que sin la menor duda sería interesantísima y agitada, pero sumamente placentera para gentes como ellos.

—Para el coche, Lazlo —pidió Pamela.

Él detuvo el coche a un lado de la carretera, y miró ansiosamente y la muchacha.

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal? —exclamó.

—¿Estamos a salvo? —preguntó ella.

—Desde luego.

—¿Ningún problema?

—Ninguno.

—¿Lo tenemos todo?

—Sí, sí.

—¿No nos persigue nadie?

—Claro que no.

—¿Hay alguien por aquí cerca que pueda vernos u oírnos?

Esta era precisamente una de las cosas más improbables. Era una madrugada fría de verdad, y la visibilidad era escasa, debido a la fina lluvia que formaba como una negra cortina.

—Estamos a salvo de todo, cariño —aseguró Lazlo.

—Entonces... ¿puedo gritar por todo el miedo que he estado pasando y que he tenido que ir tragándome, y por todas las cosas que he hecho yo y las qué he visto hacer...? ¿Puedo gritar? Lazlo, si tardo mucho más en gritar me moriré de una congestión de miedo, horror y asco.

—Si te viene de gusto, grita —sonrió Lazlo Griebe.

Pamela Morley comenzó a gritar, y estuvo gritando hasta que, de pronto, estalló en estruendoso llanto y se refugió en el pecho del más que estupefacto húngaro. Finalmente, éste le acarició la cabeza, y susurró:

—Llora, putita, llora: te lo has ganado.

FI N